

ENCUENTRO CON MI TIERRA Y MI CULTURA

AUTOBIOGRAFIA REFLEXIVA

INFANCIA

(1925-1939)

TRIBUTO

A MI FAMILIA Y A MIS MAESTROS

por

Luis Fidel Mercado

2003

Derechos reservados por el autor

ENCUENTRO CON MI TIERRA Y MI CULTURA: AUTOBIOGRAFIA REFLEXIVA:

TABLA DE CONTENIDO

| | <u>Página</u> |
|---|---------------|
| Prefacio | iii |
| I. ENTORNO GEOGRAFICO Y SOCIAL | 1 |
| Mi familia | 1 |
| Las lomas | 3 |
| Fiesta de la Candelaria | 3 |
| El agua | 4 |
| La vivienda | 6 |
| La disciplina | 7 |
| Las tormentas: San Ciprián y San Felipe | 8 |
| Los pájaros del barrio | 9 |
| II. LAS SIEMBRAS | 11 |
| El tabaco | 11 |
| Otras siembras | 12 |
| Alimentación | 12 |
| Las habichuelas | 12 |
| El maíz | 13 |
| El apio | 14 |
| La malanga, el chayote, la calabaza, el guineo, el plátano y la batata | 14 |
| El café | 16 |
| Ordeño de vacas | 17 |
| Los bueyes: Palmarito y Rabiblanco | 17 |
| Transportación | 18 |
| III. PRACTICAS RELIGIOSAS | 19 |
| Bautismo de niños | 19 |
| Las Navidades | 19 |
| Los pasteles | 21 |
| El lechón asado | 21 |
| La Semana Santa | 22 |
| Las fiestas patronales | 24 |
| Rosarios y promesas | 24 |
| Los hábitos | 25 |
| El espiritismo | 25 |
| El santiguador, la comadrona y el médico | 26 |
| La hamaca ambulancia | 27 |
| La muerte | 27 |

| | | |
|------|---|----|
| IV. | TENSIONES EN EL BARRIO | 29 |
| | Alcoholismo | 29 |
| | Robos | 29 |
| | Rencillas | 29 |
| | La tierra: Dueños y arrimados | 29 |
| V. | EDUCACION | 31 |
| | Las escuelas públicas | 31 |
| | Las Galanas | 31 |
| | Honduras | 32 |
| | Medios de comunicación con el exterior | 34 |
| | Aprendizaje de inglés | 35 |
| | Traje de graduación | 35 |
| | Viaje a San Juan: Aventura inolvidable | 35 |
| VI. | HERMANOS Y HERMANAS | 37 |
| VII. | REFLEXION INTEGRADORA | 39 |
| | Reflexión que me llegó mientras escribía | 39 |
| | Visión de conjunto: El "collage" cultural | 39 |
| | Invitación al lector | 40 |

PREFACIO

Este libro comenzó con una inspiración. Quería captar las vivencias de mis primeros catorce años de vida. Empecé a escribir y en seis semanas se gestó esta obra.

Al recuperar en mi memoria la vida que se daba en mi barrio, me dí cuenta que teníamos una cultura basada en el idioma, las tradiciones católicas, la integridad de la vida en el hogar, el respeto a los mayores, la importancia de la educación, y la actividad agrícola. La tierra era para nosotros algo sagrado. Del cultivo de ella dependíamos para subsistir. Al relacionar y entretener estos factores y preguntarme cómo afectaron mi visión de mundo y mis sentimientos, surgió el collage cultural que desarrollo en esta obra.

Entre el binomio tierra y cultura se configuró mi ser. Nacer en un lugar en la montaña y pasar toda la niñez en el mismo sitio, conllevó para mí una experiencia directa con la tierra, la naturaleza y los hábitos, costumbres y lengua de mi barrio.

En el barrio donde nació se contemplan altas colinas; el sol sale fielmente todos los días como en cualquier parte del mundo, así como también la luna y las estrellas. Estos fenómenos universales nos señalan que el lugar donde uno está es parte de un todo mayor, cuyo límite sólo lo alcanzamos con la imaginación. Este todo se concretiza en un lugar, y desde ese lugar se nos invita a ver el carácter universal y relacional de todo lo creado. La misma tierra, los demás planetas, el sol y las estrellas nos dan un mensaje que rebasa el lugar sin negar la importancia de lo específico. El lugar de nacimiento nos hace ser del planeta y del universo. Y con esta realidad, la menor y la mayor, resonamos cada uno de los seres humanos. Somos ciudadanos del mundo y de un lugar específico. Así que, en las lomas de Quebrada Grande en Barranquitas tenemos un atisbo de lo universal.

Observar el horizonte desde los cerros de La Loma, nos lleva a soñar con mundos más allá de lo inmediato. Lo mismo sucede cuando nos adentramos en el mundo estelar y nuestra mirada se pierde contemplando la inmensidad del espacio. Y este mirar de horizontes y espacios es una experiencia que se da en cualquier lugar del planeta, y a todos nos hace ser no sólo de la tierra sino del cosmos. Nos permite el éxtasis y el asombro ante la grandiosidad de lo creado. Hasta nos da intimaciones del Creador.

En el escrito conjugó tierra y cultura. El cultivo de la tierra se daba en español, la lengua materna de los habitantes de la isla. Hoy en día, siete décadas más tarde, me doy cuenta del papel fundamental que jugó la tierra en mi formación. Las estaciones determinaban el ritmo de las siembras. Y sembrábamos una diversidad de productos. Obteníamos el agua de los pozos de la finca, y la leña para cocinar estaba a la mano en nuestros bosques. La quebrada la usábamos para bañarnos y para lavar la ropa.

El año estaba dirigido por el calendario eclesíastico de la Iglesia Católica. Eventos como las Navidades y la Semana Santa se celebraban con pompa, el primero, y con solemnidad, el segundo. En mi barrio había otra fuente de cultura: la escuela pública. Esta ofrecía los dos primeros grados de escuela elemental. Para grados más altos había que ir a la del barrio

Honduras donde se ofrecían los demás grados elementales: el tercer al octavo. Mi clase fue la primera en graduarse de octavo grado de esta escuela.

Esta cultura agrícola giraba en torno a la familia. Mi familia era de corte jerárquico donde la autoridad fluía del padre, a la madre y al hijo mayor. La disciplina era estricta, pero no había violencia en el hogar. Se practicaba la fe católica. Había respeto a los padres, a los mayores y a los ancianos. Los lazos familiares eran fuertes y nutrientes.

En el barrio había mucha gente que vivía arrimados en las fincas de los dueños de la tierra. Vivían en casitas de paja o de madera y zinc en el lugar que le permitiera el patrono. En estos hogares la pobreza era extrema. Los hombres trabajaban duro, de sol a sol, seis días de la semana, y su salario era de treinta y cinco centavos al día. Había también muchos pequeños agricultores que poseían varias cuerdas de terreno. Esto les daba más control sobre sus vidas. Por encima de éstos estaban los agricultores que tenían cincuenta cuerdas o más de terreno, y además, tenían tiendas para vender comestibles. Esta cultura agrícola y comercial dejó indelebles huellas en mi espíritu. Supe directamente lo que es pobreza. Desde siempre me he identificado con los de abajo.

Estas realidades telúricas y culturales dieron forma a mi ser y todavía influyen en mí. De ese pasado sigo aprendiendo. Por ese pasado estoy muy agradecido.

Invito a mis lectores a descubrir por sí mismos los hilos culturales y telúricos que configuraron su infancia y que todavía ejercen influencia en lo que son al presente. Este ejercicio los hará más sabios y agradecidos.

Adelante, pues, a leer la obra y a desarrollar su propio collage cultural.

Luis Fidel Mercado

ENCUENTRO CON MI TIERRA Y MI CULTURA

Autobiografía Reflexiva

INFANCIA

1925-1939

I. ENTORNO GEOGRAFICO Y SOCIAL

Crecí en un mundo pequeño. Mi niñez y juventud, hasta los dieciocho años, se desarrollaron en el pequeño, pero distinguido pueblo de Barranquitas. El barrio donde nací y crecí se llama Quebrada Grande. Aunque este barrio es grande, mi familia sólo frecuentaba un pequeño sector del mismo llamado La Loma. Esa pequeña área geográfica de verdes colinas constituyó mi tierra formativa.

En este mundo chico se echaron los fundamentos de mi vida. Recibí el cariño y la disciplina de mis padres, a veces de mis abuelos. Aprendí el español jíbaro en el seno del hogar y del barrio. Como hasta los doce años no fui al pueblo. Ir al pueblo era un acontecimiento que un niño de campo siempre anhelaba. Se iba a pie, a veces en automóvil o a caballo. La realidad social que conocía en ese entonces fueron mis abuelos, padres, y muchos tíos, primos y otros parientes y vecinos particulares. Los del barrio todos nos conocíamos. Era una cultura agrícola de honor y compromiso.

Mi familia

Nací en medio de familias. Mi padre, Marcelino Mercado, y mi madre, Juana Marrero, provenían de familias del mismo barrio. Marcelino era hijo de don Longino Mercado y doña Petronila Collazo y Juana era hija de don Manuel Marrero y doña Catalina Negrón. Ambas familias eran pequeños agricultores y comerciantes. Mi abuelo paterno tenía una finca de sesenta y cuatro cuerdas y mi abuelo materno, una de setenta y cinco cuerdas. Ambas fincas colindaban. Mi padre sólo tenía una pequeña finca de tres cuerdas pero cultivaba grandes porciones de la finca de su padre. En esta finca estaba ubicado nuestro hogar. Y cerca de la carretera, los dos abuelos tenían tiendas donde vendían comestibles. La tienda de mi abuelo Longino estaba localizada a dos kilómetros y medio de Barranquitas a la orilla de la carretera hacia Comerío. Además de ser tienda, la parte baja del edificio servía como depósito de los productos del campo que se cosechaban en los barrios de Quebradillas y Quebrada Grande. El movimiento comercial era continuo, excepto los domingos, cuando el edificio permanecía cerrado.

Así es que crecí en un ambiente donde la agricultura y el comercio eran actividades continuas y mis abuelos y mi padre eran protagonistas y patronos en el barrio. Yo creía haber crecido en un ambiente de pobreza. Pero mirándolo bien, en verdad teníamos todo lo que se necesitaba para sobrevivir y mi familia inmediata no era de las más pobres. Teníamos poco dinero, la ropa necesaria, aunque los niños andábamos descalzos, como andaba casi todo niño del barrio. La comida nunca nos faltaba.

Mi padre fue un hombre muy trabajador y un gran proveedor. Fue comerciante, agricultor y capataz de carreteras. En la construcción de carreteras sirvió en Barranquitas, Aguadilla, Puerto

Nuevo y Arecibo. Era una persona muy amable y comprensiva, fuerte en el ejercicio de la disciplina pero no abusador. Su lado dulce superaba cualquier momento de enojo. Su rostro siempre estaba sonriente y alegre. Respetaba mucho a sus hijos y a todos sus semejantes. Su debilidad mayor fue que durante muchos años tomó licor en exceso. Esto hacía la vida del hogar un tanto difícil, pues bajo el efecto del alcohol, mi padre se ponía sentimental y dejaba de ser él. Después de un fuerte ataque al corazón en 1952, a los cuarenta y ocho años, dejó de tomar. De allí en adelante, se dedicó a atender su tiendita que quedaba al lado de nuestro hogar y a cultivar sus tres cuerdas de terreno. Nunca dejó de ser comerciante ni agricultor. En los últimos cuatro años de su vida se mudó de Barranquitas para vivir en una casita de madera que mi hermano Roberto le había construido en el patio de su casa en Río Piedras. Allí sembró habichuelas, guineos y otros vegetales. No perdió el entusiasmo por sembrar y cosechar. Murió de fallo cardíaco a los 76 años en 1978.

Don Marcelino dejó a sus hijos e hijas una herencia de amor por el trabajo honesto, respeto a la persona y modelo de responsabilidad para con la familia. Hoy le recuerdo como alguien que en muchas maneras moldeó mi espíritu. Mi hogar nunca fue un hogar de violencia. Este es un ejemplo que todavía inspira mi ser y a los demás hermanos y hermanas.

Mi madre, Juana Marrero, nació en 1902 y murió en diciembre de 1991. Sólo estuvo en la escuela hasta el tercer grado, pero sabía leer y escribir un poco. Era una mujer extrovertida, inteligente y sabia, bajita de estatura, tez blanca, ojos azules, sonrisa espléndida y con un gran sentido de humor. Tenía un cutis delicado y nunca desarrolló arrugas. Siempre usaba un moñito para recoger su cabellera, y esto lo hizo hasta que murió.

Doña Juana cosía trajes para las hijas y nietas y para personas del barrio que solicitaban sus servicios. Su especialidad era las cotitas de bebé y los trajes elegantes de mujer. En el hogar ella siempre fue la pacificadora, suave en el trato para con todos los miembros de la familia. Sentía deleite al tratar a todos los hijos e hijas por igual. Ella decía que todos son igualmente hijos. Era una trabajadora incansable, atendiendo con alegría sus múltiples tareas. Había que cuidar a los niños, atender a los peones, coser y cocinar. Además, cultivaba un jardín de rosas, geranios, girasoles, violetas, hibiscos y orquídeas. Era un espíritu aventurero y entablaba conversación con cualquiera que se encontrara en su camino.

Hasta que murió mi padre en 1978, apenas salía doña Juana del hogar. Después de su deceso, comenzó su etapa de viajera. Durante los próximos trece años visitó a sus hijos en Orlando, Florida y en Valley Forge, Pennsylvania. Con su nieta mayor, Sara, dio un viaje en carro desde Boston, pasando por Toronto, Detroit, Salt Lake City, donde residían dos de sus nietos y dos biznietos, y luego California, donde Sara y familia se estaban relocalizando. En Salt Lake City la llevamos a las montañas altas y pudo tocar la nieve. Para ella esto fue un sueño realizado. Era verano y la única manera de acercarse a la nieve era subiendo a las alturas. Al tomarla en las manos, se gozó como una niña pequeña. Para ella, tocar la nieve con sus propias manos era en cierto sentido algo mágico. Era hija del Reino de Dios, pues en las montañas de Utah se había hecho niña otra vez, y como niña veía la realidad con frescura y lozanía, como sorprendida y extasiada con lo que veía.

El mismo día que murió de un ataque cardíaco, estaba cosiendo una cotita para una bisnieta. Nunca dejó de pensar en los demás. Así era mi madre. Cuando se dirigía a sus hijos, siempre les decía: "Mijijo" o "Mijija." Su ejemplo fue uno de los mejores que hijo alguno pudiera recibir. Quedan en mi memoria los recuerdos imborrables de una mujer que además de ser buena madre, fue un espíritu aventurero, gran consejera y mejor amiga. Desde Virginia la saludo con toda la gratitud de mi alma.

Las lomas

Las lomas eran mi delicia. Subir una cuesta, aunque cansaba, se convertía en aventura. Los montes siempre tienen paisaje. Uno sube la cuesta y desde esa loma ve otras lomas, unas cercanas, otras lejanas. Cada una tiene diferente configuración de sus rocas, y sobre algunas crecen guayabos y robles. En sus laderas pastan las vacas.

Había un cerro más alto que todos los demás. Era mi preferido. Cuantas veces pude, me trepaba hasta la cima por puro placer para observar el panorama a la redonda. Desde esa altura hacia el este se contempla el pueblo de Cayey, por la mañanita cubierto de neblina. Mirando hacia el sur se otean las alturas de Aibonito, pero el pueblo apenas se ve, pues lo encubren otras colinas. Una mirada hacia el oeste, por donde se pone el sol, descubre el pico de la Torrecilla, la montaña más alta del área. Movemos la vista hacia el norte y sólo se contemplan colinas y más colinas. Por imaginación sé que San Juan está escondido más allá de este horizonte.

Sentado sobre la cima de este monte permanecía largas horas contemplando el horizonte y soñando con otros horizontes. Sentía el misterio del espacio y como que intuía que alguien que no es nosotros, me guiñaba desde la profundidad de los horizontes. Grandioso y esplendoroso es el paisaje que se contempla desde la cima de mi cerro favorito. Cuando llovía y crecía el Río Usabón en Aibonito, la poderosa corriente caía por el cañon de San Cristóbal al Río Barranquitas, una pendiente de más de ciento cincuenta pies de altura. El ruido de las muchas aguas se oía a más de cinco kilómetros de distancia. Subía a mi cerro favorito y contemplaba paisajes, horizontes y caída, buscando enlace con el paisaje y con las aguas.

Para mí estos paisajes, estos horizontes y estas aguas apuntan más allá de sí mismos hacia aquel que hace posible todos los paisajes, todas las cimas, todos los horizontes y todas las aguas, el eternamente misterioso, el inagotable e inescrutable.

Fiesta de la Candelaria

A este cerro alto lo coronábamos de fuego una vez al año. En el barrio se celebraba el 2 de febrero la Fiesta de la Candelaria. Durante la semana, mi tío menor y yo nos pasábamos cortando hojas de guineo secas y las llevábamos de las rejollas, jalda arriba, hasta el tope del cerro. Queríamos tener una montaña de hojas secas. Así la fogata sería más grande y duraría más. Para la ocasión cortábamos ocho o diez varas de guaraguao y las coronábamos con un maso de hojas secas. Llegado el día, los muchachos de la finca nos reuníamos y una vez prendido el montón de hojas, cada uno agarraba su vara y la prendía en la misma fogata. Con el jacho encendido en la mano, empezábamos a dar vueltas alrededor de la candelaria. Todos gritando:

San Lorenzo, San Lorenzo,
amarra el perro y suelta el viento.

San Lorenzo, San Lorenzo,
amarra el perro y suelta el viento.

Todos los montes vecinos también estaban encendidos. Cada familia montaba su candelaria. Y a la distancia se oía el mismo corillo:

San Lorenzo, San Lorenzo,
amarra el perro y suelta el viento.
San Lorenzo, San Lorenzo,
amarra el perro y suelta el viento,

todos corriendo como en hilera alrededor de la fogata. El espectáculo duraba como una hora, hasta que la hojas quedaran cenizas. El Día de la Candelaria en mi barrio, todas las lomas se vestían de estrellas. Así nos divertíamos los niños de aquella época.

El agua

La vida no puede subsistir sin agua. En mi barrio y en toda el área llovía mucho, aunque a veces se daban sequías de varios meses, afectando las cosechas. El agua para las plantas caía del cielo y éstas se regocijaban al sentir las gotas acariciadoras y frías de la lluvia. Rara vez caían granizos, pero cuando caían, eso era un acontecimiento especial. Las pelotitas de hielo parecían guijarros.

El agua de beber era otro asunto. En el barrio no hubo agua de acueducto hasta la década de los 50. ¿Qué hacíamos para tener agua para beber, cocinar y asearnos? Dependíamos de los pozos vecinales. En la finca de mi abuelo, donde residíamos, había cuatro pozos. El más cercano, y el menos productivo y de peor calidad, estaba como a trescientos pies de mi casa. Quedaba a mitad del cerro en la falda del cual estaba nuestra casita rural. El agua no tenía el mejor gusto y a menudo se secaba ese pozo.

El segundo estaba como a tres hectómetros de nuestro hogar. Salía de la base de tres cerros altos que formaban un lado de la finca de mis abuelos. En éste había mucho más agua pero cuando llovía, tendía a ensuciarse con lodo. Para llegar a él, había que caminar cuesta abajo hasta la quebradita, al lado de la cual estaba el pozo. De regreso había que subir la cuesta cargando el agua.

En el área de Quebrada Grande, donde vivíamos, había tres quebraditas, que al unirse las tres hacían una quebrada mayor. De ahí el nombre de Quebrada Grande. Estas tres quebradas se alimentaban de las colinas de la finca de mi abuelo. En la orilla de la del medio había una corriente que emanaba de la profundidad y en el hueco de las piedras en ese lado formaba un pozo. Siempre lo manteníamos en las mejores condiciones para evitar la contaminación. Hasta el 1950 se cargaba agua desde este pozo.

Buscar agua era una tarea continua, que hacíamos los varones y las mujeres de la casa. Por lo regular, el agua se cargaba en latones de cinco galones. La lata llena se ponía sobre la cabeza o sobre el cuadril. Para proteger la cabeza, se hacía un cojín de hojas de guineo secas. Esto hacía más llevadera la carga. Pero cansaba tener que llevar el agua cuesta arriba repetidas veces. En casa el agua se depositaba en un tonel de cincuenta y cinco galones. Se iba al pozo las veces que se necesitara hasta llenar el tonel. Un tonel duraba como una semana. A la siguiente semana se

volvía a hacer la misma operación hasta llenar nuevamente el barril. El agua se utilizaba para el aseo personal, beber, cocinar y para lavar cuando fuera necesario.

Por lo regular la ropa se lavaba en la quebrada del medio. En los días de lavado podían verse tres o cuatro lavanderas con jabón azul "bravo", tabla de estregar y su paleta de machacar la ropa, sobre las piedras a la orilla de la quebrada. Realizaban la tarea en medio de conversaciones alusivas a la vida del barrio. Llevaban consigo café negro, un pedazo de pan y una batata asada. Algunas de ellas mascaban tabaco.

Los niños mayores de siete años se bañaban en la tercera quebrada. Esto se hacía una vez por semana, casi siempre los sábados. Bien recuerdo la charca donde yo me bañaba con mi abuelo. Nos íbamos los dos a la quebrada, cortábamos una chorrera del tronco de un guineo y la poníamos en la parte más alta de la charca para que el agua bajara en chorro. Nos desvestíamos y cautelosamente nos ubicábamos debajo del chorro. Llevábamos toalla y jabón. Allí permanecíamos como media hora. El agua era bien fría, pero nosotros ya estábamos acostumbrados a ello. Bañarse en la quebrada con el abuelo paterno era una aventura de mucho significado para un muchacho joven y muy inocente. Todavía siento la frialdad del agua y el misterioso color negro de la charca. ¿Cuántos secretos no tendrá la quebrada?

Caminar por esas quebradas era una aventura de descubrimiento. Aprendí a identificar la flora. En un espacio de la tercera quebrada había una cascada. Cuidadosamente subíamos por ella y nos deleitábamos en el panorama. Allí conocí por primera vez lo que en esa región se llama guineo del diablo. A mí me parecía muy vistoso con sus flores amarillas y rojas. Eso sí, no daba fruto, sólo belleza.

Había un cuarto pozo que llamábamos el pozo de Papá Ciano o el pozo del tamarindo. Papá Ciano era mi bisabuelo y vivía con su esposa, Engracita, un poco más arriba del manantial. Era un hombre bajito con mucho pelo blanco. El pozo estaba demasiado lejos de nuestro hogar para poder beneficiarnos de su agua. Quedaba en el costado de una colina, una hondonada que más abajo se convertía en quebrada. Estaba cobijado de muchos árboles y siempre tenía agua fresca, en tiempo lluvioso y en tiempo de sequía.

Lo llamábamos también el pozo del tamarindo, pues cerca y un poco más arriba había un enorme palo de tamarindo. Ese árbol una vez al año se cargaba de bellotas. Allí íbamos los muchachos de la finca a treparnos para coger la codiciada fruta y hacer refresco con el agua del manantial. El árbol y el manantial se daban la mano al unirse en la deliciosa bebida.

Cuando pasábamos por allí, era de rigor detenerse y tomarse unos sorbos del refrescante líquido. Por alguna razón que no me explico, pasar frente al pozo de Papá Ciano era una experiencia misteriosa. De las entrañas de la tierra parecíamos recibir mensaje de hondura, de permanencia, de fidelidad. En la finca siempre habrá agua mientras viva este pozo. Y servirá de deleite al paladar y de alimento al alma. Sin agua no hay vida. Sin vida no se puede admirar el agua.

En ese pequeño trozo de mi tierra, se siente uno de la tierra y también de no ser de ella. ¡Y nada más elocuente que esos vetustos cerros, esos fieles manantiales! ¡Y qué de esas quebradas ondulantes que humedecen la tierra y calman la sed del ganado, y que al unirse forman la quebrada grande! Y unidas llegan al río para perderse en el Atlántico para volver a resucitar con la lluvia que de nuevo cae sobre esa milenaria cordillera. Arriba los cielos de día luminosos y de noche estrellados. Y cielos, sol, luna, estrellas, cerros, quebradas y manantiales proclaman con su existencia y regularidad que el mundo no es producto del azar. Más bien tiene una razón de ser, aunque sólo indirectamente se pueda intuir el Misterio más allá del misterio de lo creado. *Los cielos cuentan la gloria de Dios.* Este es el mismo Dios que nos habla en las colinas de La Loma y en las corrientes de la quebrada, en el agua fresca del manantial y en los frutos de la tierra. Estar cerca del agua, de las montañas, del sol, la luna y las estrellas, es tocar el borde del infinito. Este mundo que vemos y apreciamos alude a una realidad mayor. En el mundo tocamos el borde del misterio inagotable.

La vivienda

Para el 1928 ya la familia constaba de mi padre, mi madre y dos hijos, yo de tres años y Víctor, mi hermano de uno. Después de la tormenta San Felipe, se construyó una casita pequeña adentro en la finca, lejos de la carretera y del camino real. La casita fue construida de madera y zinc con dimensiones de 20' x 30' y dividida por la misma mitad. Tenía dos cuartos al lado derecho y en la otra mitad, sala y comedor unidos. Se construyó una cocina aparte sobre socos bastante altos. La casa tenía tres puertas externas: una, la del cuarto principal que daba al batey; otra, la puerta de entrada; y la tercera, que daba entrada a la cocina desde el batey por una escalera empinada. A la sala se entraba desde el batey por escalón plataforma.

Por dentro la casa tenía seis ventanas y tres puertas interiores. Las ventanas y las puertas exteriores se cerraban con tranca. De día el aire corría libremente por las puertas y ventanas abiertas. Las camas eran tres y un catre. Las dos camas de mi padre y de mi madre en el cuarto principal tenían colchón y buenas colchonetas y las vestían con sábanas y fundas limpias todas las semanas. Las dos camas donde dormíamos los niños y la señora que nos ayudaba en la casa, una era de clinejas (una especie de sogá hecha de la hoja de maíz) y la otra de una plaza con colchón y colchoneta.

En las camas se anidaban las chinches y de noche nos picaban y sacaban la sangre. Yo ocasionalmente trataba los colchones con gas kerosén. La casa estaba levantada sobre unos socos no muy altos. Al secarse el área debajo, se formaba polvo y allí crecían las niguas. Estas eran pequeños insectos que se introducían en los pies causando mucho picor. Si no se sacaban a tiempo, depositaban sus huevitos en los dedos del pie y se inflamaba el lugar. Cuando se sacaban, dejaban un orificio que parecía que los dedos de los pies tenían pequeños ojitos. Tanto las niguas como las chinches causaban infecciones que podrían convertirse en absesos. A menudo tuve absesos en la ingle y en las nalgas, y llagas en las piernas.

El batey de la casa era lugar de juegos. Allí los niños jugábamos marro, peregrina, por aquí hay fuego y billarda. En el batey construíamos caballitos de palo, columpios de yagrumo y sube y baja para darnos una trillita. En el mismo batey por las mañanas se ordeñaban las vacas y se secaba el maíz, la habichuela y el café. Cuando llovía se formaba un fangal.

En la cocina había un fogón de 4' x 4', levantado sobre zancos y relleno de tierra con cinco piedras encima para poner las ollas y los calderos. En una esquina de la cocina había un anafre. Este era hecho en la misma casa por mi padre. Se cogía una lata de kerosén de cinco galones y a tres pulgadas del tope se le incrustaba una parrilla. En uno de los lados se abría un hueco para la ventilación. La ceniza se recogía en el fondo de la lata. En este anafre se podía cocinar cualquier plato. Servía especialmente para asar mazorcas de maíz fresco y surullos grandes; también se podía hacer café. Era un lugar extra donde poner una olla fuera del fogón. En la pared interior de la cocina que daba hacia la casa estaba la alacena, en la cual se guardaban los comestibles, la leche y los pocos utensilios que teníamos. Frente a una ventana había un tablero que servía para fregar los trastes.

La cocina en esos días estaba siempre ocupada, desde la mañana hasta la tarde. Se cocinaba con leña o carbón, pero mayormente con leña de nuestra propia finca. Mi padre y algunos de los obreros cortaban árboles de guaba y los picaban en trozos pequeños para llevarlos a casa. El corte de leña se hacía cada dos semanas.

El carbón también se hacía en nuestra propia finca. Se cortaban árboles de guaba o algarrobo y se trozaban en pedazos como de tres pies. Se abría un espacio en la finca en un lugar desprovisto de vegetación y donde hubiese agua cerca. Había dos tipos de carbonera. En la primera, los trozos de árbol se colocaban en forma de pirámide, dejando un espacio en el centro. Una vez hecha la pirámide, se le echaba tierra y algunos pedazos de troncos de mata de guineo. El asunto era mantener el fuego dentro de la fogata. La pirámide se encendía desde el centro y se tapaba el hueco. La otra forma de carbonera era la acostada, que se encendía por debajo desde un pequeño hueco en la tierra. Poco a poco el fuego iba consumiendo los trozos de árbol y convirtiéndolos en carbón. Después de un tiempo razonable, se apagaba el fuego con agua para enfriar los carbones. El carbón se echaba en sacos de lona y se llevaba a la casa. Si se producía mucho carbón, se vendía, a veces doce a quince sacos, para conseguir dinero para gastos familiares.

Así es que el fogón lo hacíamos nosotros, el anafre también, cortábamos la leña y hacíamos el carbón. En este sentido nuestro hogar era autosuficiente.

Para fines de la década del 1930, llegaron las estufitas de kerosén de dos hornillas. Esto hacía innecesario el corte de leña y la producción de carbón. Pero el cambio fue paulatino. Siempre seguía usándose el fogón, la leña, el anafre y el carbón. También para principios de la década de 1940, se compró una nevera de kerosén. Esto fue un salto cualitativo para la preservación de la leche y la carne. Pero todavía no teníamos electricidad. Empezábamos a ver horizontes de cambio muy prometedores. Se vislumbraba la terminación de las rutinas esclavizantes. Mi espíritu se regocijaba en estos desarrollos.

La disciplina

La disciplina podía ser severa. Recuerdo que en cierto día varios de los niños estábamos jugando en el cuarto principal donde había un baúl de guardar ropa. Yo como el mayor, abrí el baúl y me puse a examinar su contenido. Para mi sorpresa encontré en el fondo un revólver. Lo saqué, lo miré y quise probarlo. Apuntando hacia el fondo del baúl, halé el gatillo y "bum" se oyó un

disparo. Todos nos sobrecogimos del susto y en mi ser sentí gran temor. ¿Qué diría y qué haría mi padre? Llegado él y enterado de lo sucedido, me llamó con fuste en la mano, una especie de bastón de cuero, con cabeza de plomo. Fui severamente castigado. Siempre me he preguntado si el culpable era yo, o era mi padre. Dejar un arma de fuego cargada al alcance de niños, no es la mejor manera de evitar accidentes. Pero los padres de entonces siempre tenían razón y no existía ningún recurso apelativo, ni el niño podía chistar, sólo podía recibir el castigo sin protestar.

En otra ocasión, me fui a jugar con los muchachos de en casa de mi tía Filomena, que eran más de media docena. La casa quedaba como a tres hectómetros de la nuestra. Me entretuve hasta las siete de la noche y retorné al hogar. No sabía lo que me esperaba. Mi padre estaba enfurecido por mi tardanza. Tomando una correa, me propinó muchos azotes. Y eso que los visitados eran parientes cercanos. Pero la política era que uno no está en casa ajena a menos que no fuera a un mandado específico, y no importa si son parientes. No creía que me merecía el castigo.

Un día, como a las tres de la tarde, me encontraba en mi hogar. Tendría yo como nueve años. Mi madre me estaba indicando que hiciera algunas cosas en la casa. Yo quería zafarme, y empecé a hacerle burlas desde el batey, y esto por buen rato. Me descuidé y fui sorprendido por mi madre, la cual con sogas en mano me dio severos cantazos. Salí gritando a más no poder. A la distancia apareció mi salvación. Era mi abuela Nila que se apresuraba a la casa, gritando a voz en cuello: "Comay, comay, deje ese muchacho que lo va a matar." Mi madre no le hizo caso y siguió dándome azotes hasta que pude escaparme de sus manos. Ese fue un castigo bien merecido. Siempre me he sentido culpable de lo que hice. Mi madre era una mujer muy amable y de carácter afable. Pero ese día la vi enfurecida y no era para menos. Su hijo mayor la había insultado y ella ejerció su autoridad. En ningún otro momento la vi con tanto coraje.

Yo también ejercía la disciplina con los hermanos menores. Mi hermano Víctor era un muchacho bien delgado cuando era niño, rubio, pecoso y muy rabioso. Mi madre le pidió que fuera a llevarle el desayuno a mi padre a la finca donde trabajaba. El insistía en no ir. Como el persistía, y estaba muy firme en su negativa, le hablé fuerte, pero nada, él seguía entorunado. Saqué mi correa y le di como diez correazos. Hasta el día de hoy me siento culpable de la golpiza que le propiné, no empece que se merecía el castigo. Uno menos severo era suficiente.

Tormentas: San Ciprián y San Felipe

El clima es uno de los factores impredecibles en la vida de los pueblos. En Puerto Rico los huracanes han hecho estragos a través de los siglos. Durante mi infancia ocurrieron dos grandes huracanes, San Felipe en 1928 y San Ciprián en 1932. Para protegernos de las tormentas mi padre construía barracas. Estas podían ser de matojos o de madera y zinc. La barraca era una estructura triangular, bastante bajita y con una sola puerta de entrada.

Cuando el ciclón de San Felipe yo tenía tres años y no recuerdo nada del fenómeno. Pero mi padre me cuenta que nuestra casa fue destruida y su tienda también. La economía del hogar se afectó seriamente. Hubo que comenzar de nuevo a sembrar la tierra. La tienda no se pudo continuar. Se construyó una pequeña casa de madera y zinc en otro lugar. Además de los

estragos que ocasionó el huracán, en el año 1929 comenzó la Gran Depresión en los Estados Unidos y la situación económica se deterioró notablemente en Puerto Rico. Los próximos años fueron de mucha penuria para mi familia inmediata y para todo el barrio y Puerto Rico. No padecimos hambre, pero no teníamos zapatos ni mucha ropa, pocos muebles y poco dinero.

Cuando vino San Ciprián, ya tenía siete años y pude experimentar la furia del huracán refugiado con los demás miembros de la familia en una barraca que mi padre había construido cerca de la casa. Allí estaban también con nosotros un becerrito y un perro. Pusimos en la barraca nuestras pertenencias y allí pasamos la noche, alumbrados con quinqué y velas y con un pequeño anafre para cocinar lo necesario. A medida que avanzaba la noche, empezaron a sentirse los vientos, al principio a poca velocidad, pero al pasar de las horas, los vientos arreciaron y estremecían la barraca. Finalmente pasó el huracán y salimos a ver el daño que había hecho a la casa. Casi todas las planchas de zinc corrugado del techo se habían volado pero cayeron muy cerca. Con toda diligencia mi padre y algunos obreros recogieron el zinc y lo volvieron a clavar sobre el techo. En dos días la casa estaba como estuvo antes de la tormenta. Dejamos la barraca y volvimos a la casa. Afuera se veía que los vientos habían destruido las plantas de guineo y de plátano. Muchos árboles también se habían caído al suelo. Los sembrados como la batata y el apio no se habían afectado. Habíamos soltado el ganado para que buscara refugio como mejor pudiera. Ahora lo recogimos de nuevo. No se perdió ni una cabeza. El pozo seguía dando agua. Había leña en abundancia y las velas y el kerosén no nos faltaron. En esa época no había teléfono, luz eléctrica ni agua del acueducto. Así que empezamos de nuevo el día después del huracán.

Los pájaros del barrio

En Quebrada Grande había varias clases de pájaros. En medio de La Finca de Berríos, una de las fincas de mi abuelo, se escuchaba a menudo al pájaro carpintero. Esta ave hace su nido excavando un hueco con su pico en un árbol. A la distancia podía oírse el martilleo que hacía con su pico al tratar de perforar el árbol. A nosotros los niños nos gustaba el golpecito seco, y sin mucha dificultad podíamos decir que se trataba del pájaro carpintero.

Cerca de casa había un enorme árbol de guamá. Nos gustaba porque producía muchas bellotas que adentro tenían una pulpa buenísima. Nos trepábamos en el guamá a coger las bellotas, a veces con la mala suerte de que nos picaban las plumillas. Estas son unos insectos que se parecen a una pluma y pican durísimo. El guamá era su hogar preferido. Pero lo más que nos impresionaba era que en ese árbol se anidaba una familia de falcones. Esta es una ave de tamaño mediano, cuyas plumas son color marrón y su pico curvo. Algo que descubrí, es que el pichón de falcón, mientras se desarrolla, tiene en su cuerpo muchos gusanos. Yo cogía el pichón en mis manos y le sacaba con los dedos los gusanos y después lo dejaba ir. Nunca he sabido el porqué de los gusanos.

Ocasionalmente, se veía dando vueltas en el alto cielo a un guaraguao. Sabíamos que estaba acechando en el corral de pollos y gallinas. Cuando espía su presa, descendía a una velocidad increíble y con sus fuertes garras se llevaba la víctima para su guarida, que quedaba en una peña cercana. Nosotros tratábamos de espantarlo pero sin éxito. Siempre se llevaba uno que otro pollo.

En medio de las fincas aparecía inesperadamente un zumbador. Este es un ave pequeñito que mueve las alas con rapidez y que por el zumbido de las alas se le reconocía inmediatamente. A veces como que nos asustaba ese sonido. También en el barrio podían verse las reinitas, aves bastante pequeñas con pecho amarillo.

A unas aves negras, cuyos huevitos eran azules, les llamábamos el pájaro judío. No sé por qué razón les llaman así. Nos encantaba encontrar un nido con huevitos azules. No nos gustaba destruir los huevitos, pues por dentro tenían vida.

El múcaro o buho es un ave nocturna. En la soledad de la noche emite su canto que anuncia que él es rey de la noche. Durante el día permanece aperchado en su árbol sin volar para ningún sitio. Cuando uno se acercaba a ellos durante el día, podía ver sus grandes ojos observadores que notaban todo a su alrededor, pero no se movían de su sitio a menos que se les espantara.

En la casa y en la escuela nos enseñaban que a los pajaritos no se les tira piedras. Matar un pajarito era como un acto criminal. Es algo que no se hace. Mi tío José Alberto y yo crecimos juntos, nos divertíamos juntos y hacíamos maldades juntos. Sucede que se nos murió un múcaro y esta muerte nos afectó. Entre los dos hicimos un hoyo y lo enterramos con mucha ceremonia, incluyendo velas prendidas y flores. Era como un ritual que había que hacer para honrar al múcaro. El lugar se convirtió en tierra santa, pues allí yacían los restos del querido múcaro.

Hasta el día de hoy, la imagen de dos niños, con machete en mano haciendo un hoyo, buscando flores y llorando mientras echaban al múcaro en el hoyo y lo cubrían con tierra, lo adornaban con flores y le prendían velas, permanece imborrable en mi memoria. Los niños tienen una sensibilidad especial hacia las aves que asombra por su sinceridad.

II. LAS SIEMBRAS

El tabaco

Nacer y crecer en el campo es sinónimo de siembras y cosechas, de ganado, de cerdos y gallinas. Todos vivíamos de la agricultura. Se sembraba mucho tabaco, el cual se secaba en grandes ranchos para después estibarlos y finalmente venderlos a los refaccionistas de Comerío o Caguas. La época de la siembra y cosecha del tabaco era todo un acontecimiento social. Para iniciar la siembra y llevarla a feliz terminación, el agricultor tomaba un préstamo al refaccionista con la promesa de pagarlo cuando se vendiera el tabaco, el cual se vendía al mismo prestamista; él también determinaba el precio del producto ya seco y listo para despalillarse.

En la finca de mi abuelo se sembraban ocho o diez cuerdas de tabaco. Primero se araba el terreno con una yunta de bueyes. Concurrentemente, se formaba el semillero, después la siembra, la aplicación de abono y del veneno para control del gusano. Yo era un muchacho de nueve años y cuando no tenía escuela, abonaba y echaba veneno. El abono iba cerca de la raíz, sin tocarla. El verde parís, el veneno que se usaba, era un polvo verde que se regaba en un círculo alrededor de la plantita para controlar el gusano. El gusano se mantenía a raya, también, tomándolos de la planta con los dedos y restrellándolos en el suelo. Poco a poco las plantas crecían hasta llegar a una altura de más de cinco pies.

Llegado el momento de la cosecha, los peones se encargaban del trabajo. El tabaco se cogía en tres etapas. Primero se recogía el pie, las hojas más grandes y cercanas a la tierra; luego, el llamado tabaco medio, la segunda hojada por encima del pie; y finalmente, el boliche, las hojas pequeñas al tope de la mata. El boliche era producto de pobre calidad. La mejor calidad la producía el pie y el medio. El tabaco se cogía hoja por hoja con la mano derecha y se depositaba cuidadosamente en la mano izquierda para que no se rompiera la hoja. De la mano izquierda, el mazo de hojas se depositaba en un fardo de lona. Una vez lleno el fardo, se enrollaba y se amarraba. Cuando había dos fardos listos, se montaban en un caballo para llevarlos al rancho donde se encontraban las cosedoras.

El rancho era una estructura como de treinta pies de alto, sesenta de largo y cuarenta de ancho. Podía ser más pequeño. Interiormente estaba dividido en secciones de cuatro pies a toda la altura del edificio. A cada lado de la sección, se ponían alfajías de cuatro pies de separación. Abajo había una cuadrilla de mujeres que cosían las hojas de tabaco con unas agujas largas y el hilo apropiado. Una vez cosida la gavilla, siempre lomo con lomo las hojas, y como cuarenta hojas en cada gavilla, se formaba un matraco de tres o cuatro gavillas. Estas se colgaban de un garabato, el cual era halado con una soga hasta el lugar donde un obrero, sentado en una tabla ancha sobre las alfajías, las colgaba para que el tabaco secase. La cosida de tabaco reunía en el rancho a las muchachas más jóvenes del barrio, y a las no tan jóvenes también, pues todas necesitaban tener ingresos para la familia. Durante la cosida se conversaba mucho y se hacían muchos cuentos. En el rancho se sabía todo lo que pasaba en el barrio. Había competencias entre las mujeres. Se ganaba por el número de gavillas cosidas. La que me ayudó a criar, Rafaela, era la más ligera de todas. Cosía más gavillas que ninguna de las otras muchachas.

De noche los ranchos, mientras se secaba el tabaco, había que protegerlos del robo y de los fuegos

por personas perversas. Por lo regular, se le pagaba a una persona para que sirviera de guardia. Una noche de vela, mi padre y yo (yo como de diez años) fuimos a darle una vuelta a uno de los ranchos. La noche era oscura y en el cielo se veían brillar las estrellas, a lo lejos se oían los aullidos de los canes, en la rejolla cantaba la corriente de la pequeña quebrada que yacía en la cima del monte. Era una noche llena de misterio y temores. Mi conciencia de niño me hacía sospechar que los ladrones podían estar cerca. En eso mi padre, que portaba un revólver cargado, lo sacó y disparó un tiro al aire. Era su manera de decirle a cualquier maleante que no se acercara, pues corría peligro. Yo me emocioné y me sentí seguro. Era la primera vez que escuchaba un disparo. Poco después regresamos al hogar. Fue una noche de aventura inolvidable. Ya empezaba a sentirme hombrecito.

Una vez secado, el tabaco se bajaba y era empacado en grandes fardos. Estos se montaban en el caballo y eran llevados a la tienda de mi abuelo, ubicada al lado de la carretera en el mismo barrio. Allí las gavillas se amarraban con el mismo hilo que traían y se ponían a curar en una enorme estiba, que emitía el fuerte olor característico del tabaco. Luego el tabaco era vendido a los refaccionistas que financiaron la siembra. La queja que yo oía de mi padre era que la siembra de tabaco no dejaba mucho al que lo sembraba. Así funcionaba la economía de la montaña en esa época, las décadas del 1920 y de 1930, esta última una década de depresión.

Otras siembras

Pero el tabaco no era el único producto que se cultivaba en el campo. Terminada la temporada del tabaco, el producto principal del área, mi padre empezaba a sembrar lo que se llaman frutos menores: habichuela, maíz, batata, yautía, chayote, gandul, apio, calabaza. Siempre había una siembra continua de guineos y de plátanos. Estos, además de servir para la alimentación de la familia, también se vendían en los mercados para obtener algún dinero. En la finca había ganado que nos daba la leche, y en ocasiones carne. De vez en cuando mi padre vendía un torito. El dinero en efectivo lo utilizaba para comprar ropa para toda la familia y zapatos para él y mi madre. Los niños andábamos descalzos.

Alimentación

En el patio de mi casa las gallinas formaban una parte importante de la fauna. Estas nos daban carne y huevos. Siempre había uno o dos cerdos. Estos se consumían en ocasiones especiales como las Navidades o en los bautismos. El lechón asado era una delicadeza para esas ocasiones. La carne, aunque la había, no era saboreada con frecuencia. El plato regular para el almuerzo y la comida era el arroz con habichuelas, arenques ahumadas y bacalao, acompañados con guineos verdes cocidos, yautía, batata, chayote, ñame, plátanos verdes hervidos, calabaza. Para el desayuno teníamos pan y café o galletas de soda, a veces queso o mantequilla de óleo. En ocasiones freíamos tostones o se nos preparaba avena. Por la tarde se comía sopas de fideos con jamón y arroz y habichuelas otra vez. Eramos una familia con poco dinero, pero no nos faltaba el alimento y sobre todo, el cariño, el amor y disciplina de padres y parientes, y aun de vecinos.

Las habichuelas

Una vez cosechado el tabaco, el mismo terreno se arreglaba un poco para la siembra de

habichuelas, maíz y otros frutos. La tala tenía que estar libre de yerbajos y de terrones grandes. Por lo regular se sembraban dos o tres cuerdas de habichuelas y una de maíz. A veces los dos granos se sembraban juntos en el mismo predio.

Los peones hacían lo que llamábamos el caseo. Con la azada iban haciendo hoyos de dos pulgadas de profundidad y seis de separación para echar en cada uno de ellos tres granitos de habichuelas. Mi cuarto hermano, que se llama José Antonio y le apodábamos Moroño, nos ayudaba en la siembra del grano. Queriendo avanzar más y terminar más ligero, nos decía: "Echenle tres más. Echenle tres más". No le hacíamos caso, aunque él nos ajoraba con el mismo estribillo: "Echenle tres más. Echenle tres más". Sabíamos que más granos en el hoyo dañarían la cosecha, pues crecerían muchas juntas y no habría alimento para todas.

Por lo regular a la habichuela no le echábamos abono. Confiábamos en que el abono del tabaco les diera alimento. Como al mes se les daba un atierro a las matitas. Se removía la tierra alrededor de la plantita y se le echaba un poco de tierra en el tronco y se afirmaba. A los tres meses y medio ya el grano estaba listo para la cosecha.

Volvíamos a la tala y arrancábamos las plantitas ya maduras, haciendo grandes mazos con ellas. Las poníamos en un fardo, y cuando había dos, las montábamos en el caballo para llevarlas a casa. En el hogar depositábamos los fardos en una esquina de la sala hasta casi llegar al techo. Por la noche y al otro día, todos los hermanos ayudaban en especotar las vainas de las plantas y depositarlas en grandes toldos para ponerlas al sol al día siguiente en el batey.

Una vez secada la habichuela, se echaba dentro de un saco de lona y los muchachos nos parábamos encima para que el grano saliera de la vaina. La habichuela limpia se echaba en sacos de lona, ya para la venta o para consumo en la casa. Especotar habichuelas era un evento social. Hacíamos chistes, establecíamos competencias a ver quién hacía el trabajo más ligero. En la cocina siempre se conseguía café o refresco de china. Nos gozábamos haciendo el trabajo. Con las habichuelas frescas se hacían sopas muy buenas, siempre acompañadas con un hueso de jamón para darle más gusto. En un día de lluvia, un plato de esta sopa era apetecida por todos.

El maíz

En algunos de los predios se sembraba maíz. Este no era para la venta, sino para consumo del hogar. Para la siembra de maíz se utilizaba un pico. El hoyo era como de seis o siete pulgadas de hondo y entre las hileras como dos pies. El llamado maíz fresco eran mazorcas que todavía no se habían secado. Se cogía la mazorca, se le quitaba la hoja y se ponía a asar en el fogón o en el anafre. La mazorca de maíz asada era deliciosa. Una vez las mazorcas maduraban, se cogía todo el producto, se echaba en sacos de lona y se llevaba a caballo a la casa o al rancho adyacente. Allí se deshojaba el maíz y se ponían las mazorcas en cajones para preservarlas o se colgaban con las hojas secas de la alfajías en el rancho. Se iban usando poco a poco para comida de los cerdos y las gallinas.

Había en casa un molino manual para moler el maíz y hacer harina para cocinar o rollón para los pollitos. A la vez, la harina se utilizaba para hacer cremas en el desayuno, marota, guanimes, surullos y surullitos. La marota era un plato de harina de maíz con habichuelas. Se preparaba

para los almuerzos de los peones y para toda la familia. La marota era la comida del pobre.

A mí me gustaban mucho los surullos grandes. Se mojaba la harina, se le echaba sal, se le daba forma de surullo y se envolvía en hojas verdes de guineo. Luego se ponían a asar sobre las brasas del anafre o las del fogón. El surullo podía ser hasta de diez pulgadas. Con leche era un plato delicioso y nutritivo. Los guanimes se hacían de masa de maíz mojada y condimentada con sal. A la masa se le daba forma de surullos. Estos se envolvían en hojas de guineo, se amarraban con hilo de tabaco en los extremos y se hervían. Después de hervidos, se podían comer con leche o con bacalao guisado. Con mucha hambre, los humildes guanimes sabían a gloria.

Bien recuerdo el día en que tuve que hacerme cargo de la cosecha de maíz. Mi padre se había herido una de las piernas en la canilla y no podía levantarse. Me encomendó a mí la tarea de recoger una pieza de maíz de una de las talas. Se trataba de recoger las mazorcas, echarlas en sacos, montarlas sobre el caballo y llevar a casa la carga. Tendría doce años y me sentí intimidado por el caballo. Mi hermano Víctor me acompañaba. Hicimos el trabajo y montamos la carga sobre el caballo. A este corcel le teníamos el nombre de don Tomas. Era resabioso y le gustaba morder y patear. Ese día, para sorpresa nuestra, se portó muy bien. Trajimos la carga al hogar y nos sentíamos muy ufanos de lo hecho. Fue la primera ocasión que me había hecho cargo de la cosecha y del caballo. Ya empezaba a sentirme hombrecito.

El apio

El apio es un vegetal que cultivábamos tanto para la venta como para el consumo de la casa. Lo más que se sembraba eran dos cuerdas. Cuando se cosechaba, se preparaban varios sacos para la venta y el resto se consumía en la casa.

Con el apio se hacían empanadillas. Para elaborar este delicioso plato se guayaba la cabeza de apio y se le sacaba el almidón, lo que lo convertía en masa de apio. A la masa se le añadía un poco de manteca de achiote y la necesaria sal. Luego se amortiguaban hojas de guineo para envolver la empanadilla y se preparaba la carne para el relleno, que podía ser pollo o carne "beef". Se tomaba un poco de masa, se aplastaba encima de una hoja de guineo, se le echaba la carne de relleno y se enrollaba. En seguida se ponía a azar en el anafre. Así se hacía hasta terminar toda la masa. Como a los cuarenta y cinco minutos ya estaban listas para comer. Se comían solas o con cualquier clase de arroz.

Durante la Semana Santa el apio se utilizaba para hacer tortillas de huevo. Este era un plato típico de la ocasión. Con el apio también se podía hacer puré. Se hervía el apio, se majaba y se le añadía un poco de leche y jamón. Un puré de apio en una temporada de lluvia era algo exquisito. El apio también se podía comer con bacalao y aceite o simplemente cocido con leche. En fin, era un vegetal muy versátil.

La malanga, el chayote, la calabaza, el guineo, el plátano y la batata

La malanga se siembra en lugares húmedos y cenagosos. Es un tubérculo que en su parte comestible puede llegar a tener hasta 18" de profundidad. Sus hojas son anchas y hermosas. Cuando llueve, pueden servir como sombrilla. Hay un dicho popular: "A ti te resbalan las cosas

como a la hoja de malanga". Se quiere decir que la lluvia cuando cae sobre la hoja no la moja, pues ésta tiene un especie de cera natural que repele el agua. Así es la persona que no le impactan los acontecimientos o las noticias que recibe o asuntos que debían preocuparle. Es un dicho gráfico que lo entienden los agricultores.

Al cosechar la malanga la echábamos en sacos de cien libras y se llevaban al almacén de mi abuelo para venderlos a treinta y cinco centavos el quintal. Siempre había malangas para el consumo en el hogar. La malanga se hervía y se comía con bacalao y aceite o con leche. La buena malanga al hervirse era suave y muy agradable al paladar. Pero había malanga que después de hervida quedaba dura y no se podía comer. A esta malanga le llamábamos "jojota". Era inservible. De ahí el dicho: "Tú estás jojoto". Se quiere decir que la persona no tiene la creatividad que tenía antes, o que es inepto. Para las Navidades, con malanga y coco se hacía un dulce en barras exquisito. Era mi predilecto.

La yautía es parienta de la malanga pero no crece en terreno cenagoso. El terreno tiene que estar bien arado en un área seca. La yautía crece debajo de la tierra. De la raíz madre salen los hijitos y son estos los que se consumen. La yautía madre se puede guayar y utilizar la masa para hacer pasteles y alcapurrias. Esta madre también se puede hervir y dársela de comida a los cerdos. La hoja de la yautía es muy parecida a la de malanga. La semilla se obtiene conservando una parte de la yautía madre. Esta semilla se planta en la tierra y dentro de un año dará su fruto. En nuestra finca no se sembraba mucha yautía, sólo varias matas para consumo de la casa. La variedad más deseada era la llamada martinica, una yautía amarilla de muy buena calidad por su consistencia y suavidad. La yautía se comía con bacalao y aceite o con leche. Con otras verduras se le echaba al sancocho. Para hacer pasteles o alcapurrias, se guayaba la yautía con los guineos para la masa.

El chayote es una planta trepadora que sembrábamos cerca de los árboles para que pudiera crecer según su naturaleza. A veces la chayotera cubría todo el árbol, quizás un emajagua. El chayote tiene forma de pera, la corteza espinosa y asurcada, y puede ser verde o blanco, grande o pequeño, según la variedad. Las hojas son verdes por encima y pálidas por debajo. Una mata de chayote robusta producía hasta cincuenta chayotes para el consumo del hogar.

Con el chayote se hacía un dulce riquísimo. Al chayote crudo se le quitaba la corteza y se cortaba en tajaditas estrechas y larguitas. Se echaba en un caldero, se le añadía azúcar, canela, clavos de especia y extracto de vainilla. A fuego bajito, se hervía hasta que el chayote ablandara. Luego se guardaba en frascos de cristal. Este dulce se hacía para las Navidades. Durante el resto del año se comía como vegetal acompañando el bacalao. También se preparaba en ensalada, hirviendo el chayote y cortándolo en tajaditas, acompañado de habichuelas tiernas y aceite.

La mata de chayote producía ñames en la raíz. Para lograr alcanzar este ñame, había que escarbar profundo. La misma planta producía dos frutos distintos.

La calabaza es planta que se siembra en campo abierto y cerca de las verjas, pues es también trepadora. Se extiende por largas distancias hasta de cincuenta pies o más. La hoja ancha e irregular tiene una pelusa que molesta a las manos. La calabaza varía en forma, tamaño y color y tiene multitud de semillas. La forma, aunque irregular, es básicamente redonda. En el barrio

había un dicho: “Bajando hasta las calabazas ruedan.” Se refiere a una persona que emprende una tarea fácil y se queja de ello sin darse cuenta que va bajando la cuesta y no subiendo. Cuando es cuestión de bajar, las calabazas ruedan, aunque la forma sea tan irregular.

De la calabaza se hacía puré, cazuela, tortitas, o se consumía hervida para acompañar el bacalao. También se echaba al sancocho y a las habichuelas guisadas. Si había mucha calabaza, se vendía a los verdureros que venían a comprar frutos al almacén de mi abuelo para llevarlos a los mercados de Río Piedras o San Juan. El precio por quintal era si acaso cincuenta centavos, a medio centavo la libra. Pero medio peso era mucho dinero en aquella época.

El guineo es un fruto de todo el año. La plantación de guineos dura por varios años. Hay distintas clases: el dátil, el gigante (el mejor para comer maduro), el montecristo, el manzano, el mafafo y el morado, entre otras. En nuestra finca había de todas estas variedades. Pero el más que abundaba era el montecristo y el dátil. Los guineos se sembraban para uso en el hogar, pero también, para vender a los verdureros. La planta de guineos echa por los lados la semilla. Esta es una pequeña mata de guineo que se arranca y se resiembra en otro predio para comenzar de nuevo el ciclo de producción.

El guineo verde hervido se comía todos los días, especialmente a la hora del almuerzo. El gigante y el montecristo se comían hervidos para acompañar el bacalao o con leche. Se hacían guineítos en escabeche para acompañar al lechón asado o cualquier otra comida. Al guayarse, la resultante masa se utilizaba para hacer pasteles, alcapurrias y bolitas para echar a la sopa. Maduros, estos guineos proporcionaban un delicioso postre.

El guineo morado se come maduro exclusivamente y no en exceso. Este guineo es grueso y corto de tamaño. Ingerir mucho guineo morado, trae molestia estomacal. El manzano tampoco se come verde, sino bien maduro. Si no está completamente maduro, el manzano tiene un sabor manchoso y se siente duro. Cuando está maduro, da mucho gusto comer un mazano.

El café

Sembramos el café en medio de la finca donde había guineos y árboles, por lo regular de guaba, guaraguao y yagrumo. Una vez sembrado, el café dura muchos años y rinde fruto año tras año. Teníamos como cuatro cuerdas de arbolitos de café esparcidos entre los guineos y los árboles. Cuando llegaba el tiempo de la cosecha, mi padre, mis hermanos y yo cogíamos un canasto de mimbre cada uno, lo colgábamos del cuello con una soguita, y lo llenábamos del café maduro. Al llenarse los canastos, se echaban en un saco de lona para llevarlo a la casa, quitarle la corteza y secar el grano al sol. Después de seco, el café se pilaba para sacarle la telita que cubre el grano. Entonces el café estaba listo para tostarse, molerse y hacerse harina. Teníamos un molinillo de mano para hacer la harina. Para hacer el café colao, se hervía la harina en agua y se colaba el líquido por un colador de bayeta. El café se tomaba prieto o con leche hervida. El café que producíamos era casi exclusivamente para el consumo del hogar. Muy raras veces se vendía nuestro café a otras personas.

El ordeño de las vacas

En mi hogar siempre había un par de vacas lecheras. Estas se alimentaban de la yerba que daban los pastizales adyacentes. Todas las mañanas mi padre se levantaba temprano a ordeñar las vacas en el batey de la casa. La vaca que se ordeñaba se amarraba de un soco de la casa para asegurarla y de las patas para que no brincara y botara la leche. Antes del ordeño, se soltaba el becerrito para que mamara algo y ayudara la leche a bajar a la ubre. Luego mi padre tomaba en sus manos un cacharro grande y empezaba a sacar la leche de la ubre. Nuestras vacas no daban mucha leche, dos o tres litros por las mañanas. Se utilizaba casi exclusivamente para consumo de la familia. A veces, cuando había más leche de la que podíamos consumir, el sobrante se le vendía a un lechero que había en el barrio. Este la recogía y procedía a venderla en el pueblo. La llamada leche de apoyo era la última que se ordeñaba. Era la que más crema tenía. Se utilizaba para hacer el café con leche de la mañana. Yo de vez en cuando ayudaba en el ordeño. Para ordeñar una vaca se requiere una mano fuerte, y las mías eran todavía muy pequeñas y débiles. Pero mirando, aprendí a hacerlo todo. Hoy día, más de setenta años más tarde, llevo en mi mente esta estampa de mi padre ordeñando la vaca y yo observando desde la cocina. La escena no ha perdido su vividez.

También recuerdo como a medianoche, acostado yo en mi cama, oía los mugidos punzantes del toro que rasgaban el silencio nocturno e interrumpían mi sueño para anunciar que se había escapado del cercado. A lo lejos se oía el aullido de los perros. Y más tarde, el cantar de los gallos proclamando que el alba acercaba. Y en lo profundo de la noche, el múcaro cantaba y me decía en su gutural expresión que la noche para él es como el día para mí. Pues de noche es que él ve bien. A través de la noche, el continuo cantar de los coquies, entonando su fuga campestre, servía de trasfondo a todos los demás sonidos.

Sonidos nocturnos de mi barrio, inolvidables e inconfundibles. Una vez escuchados, nunca se olvidan. Al recordarlos se nutre mi espíritu y doy gracias a Dios por mis lomas de Quebrada Grande y por sus sonidos nocturnos, que se han eternizado en mi memoria. Y desde ahí continúan destilando sabiduría al que los escucha con atención y entiende su lenguaje.

Los bueyes: Palmarito y Rabiblanco

Para que produzca la tierra, hay que prepararla. Para ello se utilizaban la azada, el pico, el machete y el arado. Todos los años había tierra para arar. En la finca de mi abuelo Longino había una yunta de bueyes que se utilizaba para arar los predios que habrían de sembrarse. Uno se llamaba Palmarito y el otro, Rabiblanco. Eran hermosos, grandes, fuertes y con largas aspas intimidantes. A los niños nos inspiraban temor. El que dirigía la yunta era Carmelo Mercado, un primo lejano. Carmelo era un hombre robusto y muy diestro en el manejo de los bueyes y el arado. El cuidaba de los bueyes, les daba de beber y les ponía el yugo. Pasaba todo el día arando el predio seleccionado y si necesario, volvía al otro día, hasta terminar la tarea. Nosotros los niños nos deleitábamos mirándolo de lejos y corríamos a guarecernos cuando Carmelo desenyugaba los bueyes y éstos salían corriendo a saciar su sed en la quebrada.

Cierto día recibimos la triste noticia de que Rabiblanco se había desnucado al irse por un risco. Sentí mucho su partida, pues era un buey trabajador y se había ganado el respeto de los obreros

de la finca. El era parte del panorama en la finca de mi abuelo. Hablar de Rabiblanco era hablar de un personaje importante para el bienestar de la finca. Pero ya muerto, había que aprovechar la carne. Como era un buey grande, se le dio carne a todos los vecinos y aún sobraba. En aquella época no había refrigeración y tuvimos que comer la carne tan ligero como pudimos. Para conservarla la salamos tanto que la última carne no se podía comer por la alta concentración de sal. Tuvimos que botarla. Nunca antes habíamos comido tanta carne en tan poco tiempo.

Transportación

Desde que el ser humano existe, el medio fundamental de transportación ha sido sus pies. Y los pies llegaban bien lejos. En nuestra finca se caminaba mucho. Subir y bajar cuevas era una rutina diaria. Se iba al pueblo a pie y se regresaba de la misma forma. Había una guagua grande que viajaba todos los días de Orocovis a San Juan, pasando por Barranquitas, Comerío y Bayamón. Viniendo de San Juan pasaba por La Loma como a las diez de la mañana y dejaba el diario *El Mundo* en la tienda de mi abuelo Longino. De regreso pasaba a las tres de la tarde. Así todos los días. El costo de La Loma al pueblo era de cinco centavos. Los que quisieran usar la guagua para viajar a los lugares de la ruta, tenían que poder costearse el viaje. También había carros públicos y guaguas "pisicorre".

Dentro de la finca se utilizaba el caballo para la carga y también para pasear. Había tres caballos: Tribilín, Don Tomas y Rusiales. Tribilín era el más mansito y el que con más seguridad usábamos los niños. A los caballos de carga se le ponía encima aperos, una grupa, y se apretaban en la barriga con un cincho. A veces encima de los aperos se ponían banastas para echar los frutos. Los caballos cargaban sacos de frutos menores, fardos de tabaco, leña y carbón, o latones de agua. Rusiales era un caballo de paso fino y se usaba para viajar al pueblo y a donde fuera necesario. Se le ponía una hermosa silla, con estribos, frenos y bridas para controlar el movimiento y la velocidad. El jinete usaba espuelas para aguijonear al caballo y hacer que le respondiera. Para hacer diligencias fuera de la finca, sólo mi abuelo y mi padre montaban a Rusiales.

Rusiales murió y lo enterramos en una parcela de terreno que quedaba en medio de la finca de mi abuelo. Sentí mucho su partida. Alguien bien querido ya no era más. Sufrí mucho cuando dos meses más tarde los perros del barrio descubrieron la sepultura de Rusiales y escarbaron hasta desenterrar el cuerpo. Iban en busca de alimento. Dentro de pocos días lo que se veía por los alrededores eran los huesos limpios de Rusiales. Los perros habían deshecho y devorado sus carnes. Esto me causó mucha pena. La consideraba un sacrilegio. Rusiales merecía que lo dejaran en paz. Pero así es la naturaleza.

III. PRACTICAS RELIGIOSAS

En el barrio todos éramos católicos. Se rezaba el rosario en las casas por las noches y los domingos se iba al pueblo a la misa. Todos los niños se bautizaban siguiendo el rito de la iglesia católica. Se guardaban las fiestas del calendario eclesiástico. Personas o familias podían hacer promesas y para cumplirlas hacían rosarios y se ponían hábitos.

Cuando alguien estaba enfermo y se sospechaba que podía morir, se iba al pueblo a buscar al sacerdote para que administrara los santos óleos y la confesión. Al morir la persona, se le hacían nueve rosarios y era de rigor llevar el féretro a la iglesia antes de pasar al cementerio. Al cumplir aniversario de muerto, algunas familias mandaban a ofrecer misas a favor del alma del difunto. Había que pagar por este servicio y muchos pobres no tenían el dinero para hacerlo. Así que los muertos de los pobres se quedaban sin misa, dependiendo totalmente de la generosidad de Dios. Después de todo, era el mejor camino a seguir.

Bautismos de niños

Los bautismos de los niños en algunos hogares eran ocasión para celebrar en grande. Se vestía al niño de la mejor ropa y los padres lo llevaban a la iglesia para recibir el rito de iniciación. En la ceremonia se requería un padrino o una madrina. El sacerdote rociaba al niño con agua bendita y lo bautizaba frente a los padres y los padrinos. En ocasiones se bautizaban varios niños a la vez. Terminada la ceremonia, se retornaba al hogar y comenzaba la fiesta. Había comida y bebida en abundancia. Muchos de los hombres terminaban borrachos por haber ingerido mucho licor, por lo regular ron cañita, que se fabricaba en los alambiques del barrio. Por el resto de su vida el niño tendría una persona a quien llamaría padrino o madrina. Este le hacía regalos al ahijado. Mi abuelo me regaló una bcerra el día de mi bautismo para que nunca me faltara la leche. ¡Fue un acto de verdadera generosidad!

Las Navidades

Se observaban las fiestas del calendario de la iglesia, comenzando con la temporada de Navidad. Durante el mes de diciembre mi madre pasaba muchas horas preparando los dulces de la época. Dulce de chayote, de papaya, de coco, de malanga con coco, de naranja, éstos se preparaban con anticipación y se guardaban en la alacena. El arroz con dulce y el majarete se hacían el mismo día de la Nochebuena, también en Año Nuevo y Reyes. Los dulces no eran sólo para la familia. Con ellos se obsequiaban a los que trajeran parrandas y alguna música de cuerda o cantada. A veces una parranda podía constar de quince o veinte personas. El dulce preparado podía irse en una o dos parrandas.

El día de Nochebuena, el 24 de diciembre, los que podían iban a la iglesia. En las casas esa noche se tenía la comida de Nochebuena. En mi casa podía ser carne mechada o pollo guisado o pernil de cerdo, verduras y los dulces de la ocasión. Era una comida alegre y de mucha armonía en la familia. Uno sentía que algo grande había ocurrido con el nacimiento de Jesús. No se trabajaba ni en Nochebuena ni el Día de Navidad. Se cantaban muchos villancicos y se celebraba en familia.

El día grande era el Día de Reyes, el 6 de enero. La víspera de Reyes, todo niño preparaba su cajita con yerba fresca para poner debajo de la cama de los padres y los abuelos. Yo salía por el campo a buscar la yerba más fresca, pues a los camellos que traían a los Reyes les gustaba la yerba recién cortada y verde. Mis cajitas siempre estuvieron llenitas de yerba verde y fresca. Esa noche había que acostarse temprano, pues los Reyes no se detenían en casa de los niños que estuvieran despiertos. Todos íbamos a la cama tempranito para no impedir la llegada de los famosos viajeros. Estos llegaban y sin que nadie se diera cuenta, ni aun los padres, dejaban sus camellos en el batey y con gran sigilo depositaban sus regalos y seguían para el próximo hogar. Nadie sabía ni cuando llegaban ni cuando se iban. Ni tan siquiera las huellas de los camellos podían notarse, tan silenciosa era su llegada y su partida. Eran visitantes de ultramundo, de la esfera de la fe y la imaginación. Nosotros los niños nos sentíamos embargados por fuerzas que no eran humanas.

Es la víspera del Día de Reyes, noche de expectativas y de magia. Tras haber puesto sus cajitas llenas de yerba verde y fresca debajo de la cama de sus padres, los niños han ido temprano a la cama. Confían que para el amanecer, los Santos Reyes habrán pasado y dejado regalos para cada niño.

Apenas clarea el día, se oye el rumor de voces infantiles en las alcobas. Muy pronto todos los niños están en pie y van a ver lo que los Reyes les han traído. En mi casa éramos diez niños. Poco a poco cada cual iba buscando su cajita. En una había una pelota y un bate, en otra una pistola de fulminantes, en otra un par de camisetas, y aun en otra, una trompeta y una sinfonía de boca, y así. En todas los Reyes habían dejado un paquete de avellanas y un maso de pasas. La mañana era una de alegría y de mostrar los juguetes que habíamos recibido. Sí, podíamos notar que en algunos hogares los niños recibían juguetes distintos y más costosos: bicicletas, teresinas, ropa muy bonita y cara. Veíamos que los Reyes eran más generosos con los niños de otros hogares que con nosotros. Aun los Reyes Magos favorecían a unos hogares más que a otros. Preguntas que nos hacíamos sin encontrar respuesta alguna. Así eran las cosas en mi barrio.

Mientras se abrían los regalos, nuestra madre preparaba el arroz con dulce en la cocina. Antes de que cuajara, todos queríamos probar lo que se llamaba "la sopita del arroz con dulce". Era un anticipo del dulce ya cocido y servido en grandes platos. Durante el día podían llegar parrandas con música de aguinaldos con cuatro y guitarra, maracas y palillos. Siempre esperábamos que vinieran los Vélez. Estos eran músicos y acostumbraban a llevar parrandas a distintos hogares del barrio. Se les obsequiaba con los dulces que ya se habían preparado. Al terminar la visita, algunos de la familia nuestra se unían a la parranda para ir a otros hogares del vecindario. En algunos años llovía mucho y decíamos que los Reyes estaban mojados. En aquella época los caminos eran de tierra y cuando llovía, se ponían intransitables.

El Día de Reyes era la fiesta grande de los niños. Se desconocía la tradición norteamericana de Santa Claus. Era un día mágico, lleno de fantasía e imaginación. También los Reyes formaban una parte importante en los villancicos de la época. El siguiente estribillo recoge el sentimiento de la época con énfasis en la transitoriedad de la vida humana y la eternidad de los Reyes.

Los tres santos reyes,
 los tres reyes tres,
 ellos van y vienen
 y nosotros no.

Aunque nosotros muriéramos, los Reyes pertenecían y pertenecerán a la eternidad, y al siguiente año volverían a visitarnos.

El Día de Reyes el niño era rey y la niña reina. Los adultos no recibían regalos. A los niños que vivimos esa época encantada durante las décadas de 1920, 1930 y 1940 en Puerto Rico, el Día de Reyes dejó una profunda huella emotiva que al pasar de los años no se ha borrado. En las últimas cinco décadas el énfasis ha pasado a caer sobre el Día de Navidad y la entrada de Santa Claus como el personaje misterioso que trae regalos a los niños y a los adultos también. Ultimamente ha habido un esfuerzo colectivo por recuperar el sitio de importancia que tenía el Día de Reyes en las primeras décadas del siglo XX y desde mucho antes. Así es que los Reyes han vuelto y ahora conviven con Santa Claus. Los niños no objetan, tampoco los adultos, sólo los políticos.

Los pasteles

En las Navidades se hacían pasteles. La confección de pasteles de masa, de yuca o de arroz, es tarea compleja. Los ingredientes fundamentales son guineo verde, yautía, calabaza, yuca y arroz blanco cocido; hojas de guineo amortiguadas, hilo de tabaco; carne de cerdo o de pollo, garbanzos, aceitunas sin pepa, pasas, manteca de achiote.

Con un guayo se preparaba la masa de guineos, yautía y calabaza. Los tres vegetales se unían para formar masa para el pastel. Si se quería pastel de yuca, se guayaba la yuca de igual manera. Y si se quería pasteles de arroz, entonces se mojaba el arroz blanco con caldito y manteca de achiote y se usaba como masa. A la masa se le añadía manteca de achiote, sal, caldo y a veces leche para suavizarla. El relleno del pastel consistía de carne de cerdo cortada en pedacitos pequeños, guisado con especias y salsa, jamón picado, aceitunas, garbanzos y pasas. El mejor pastel siempre tiene una masa suave después de hervido y una buena cantidad de carne. Al pastel con poca carne se le llamaba "ciego".

Los pasteles se envolvían en hojas de guineo amortiguadas. Se obtenía la mejor hoja de una planta de guineo. Con cuchillo o daga se desprendía la hoja del paslote y se ponía sobre el fuego a amortiguar. Las hojas se cortaban en pedazos que cubrieran el pastel y un pedacito de hoja para poner un poca de manteca de achiote en el lugar donde se ponía la masa con el relleno encima. Se envolvía el pastel y se amarraba con hilo. Luego se echaban por yuntas en una olla de agua hirviendo por cuarenta y cinco minutos. Ya cocidos, los pasteles están listos para ser saboreados solos o como parte de una comida mayor.

Aprendí a hacer pasteles viendo a mi madre y ayudándola en la tarea. Cuando fui pastor de la Primera Iglesia Bautista de Caguas, ayudaba a las damas de la iglesia en las pasteladas que hacían para levantar fondos pro-templo. Es sorprendente lo mucho que uno aprende sólo con mirar a otros hacer las cosas.

El lechón asado

También, para las Navidades, y a veces cuando había bautismo, se mataba un lechón y se asaba. El lechón se compraba pequeñito y se iba cebando con la comida que sobraba en la casa y con la yerba de la finca que se le echaba en el corral. Una vez llegado a las ochenta libras, el lechón está listo para asarse. Se le saca del corral, se le amarran las patas y se procede a darle una estocada con un cuchillo largo que llega hasta el corazón. Ya está lista una cacerola para recoger la sangre que se utilizará para hacer morcillas. Muerto el lechón, se le colgaba de algún sitio seguro y se bañaba la piel con agua caliente para aflojar el pelo. Con un cuchillo afilado se le quitaba el pelo al cerdo y se le dejaba blanquito. Se le sacaba el mondongo y otras piezas interiores. Con el hígado, riñones, vaso y pulmones se hacía gandinga y las tripas se llevaban a la quebrada para lavarse. Después se rellenaban con arroz cocido y sangre, mezcla bien condimentada, y se ponían a hervir.

El cerdo se adobaba con pimienta, sal y manteca de achiote, y se ponía en una vara larga que cruzaba al cerdo de la cabeza al rabo. El cerdo en la vara se ponía a descansar en dos estacas. Entre las estacas había un fuego de leña y carbón que poco a poco iba asando el lechón. Una persona iba volteando la vara para que todas las partes se asaran parejo. Asar un cerdo tomaba cuatro horas o más. Antes de partir el lechón asado, los que observaban empezaban a probar. Uno quería el rabo; otro, una oreja; aun otro, un cuerito tostado. Asar un lechón en mi barrio era un acontecimiento público en el cual participaban todos los miembros de la familia y aun vecinos en algún aspecto de la operación. Las mujeres lavaban las tripas en la quebrada y hacían las morcillas y desde luego los pasteles, el arroz con gandules y el arroz con dulce. Los hombres se encargaban de matar el cerdo, prepararlo y asarlo. Aun los niños le daban la vuelta a la vara. Todos disfrutaban de la deliciosa comida. En el campo, esta comida era típica de las Navidades, especialmente del Día de Reyes.

La Semana Santa

Fuera en marzo o en abril, la Semana Santa era la fiesta eclesiástica más solemne, no sólo por la temática sino también, y especialmente, por las prácticas. Esta era precedida por cuarenta días de ayuno y examen interior, por lo menos en teoría.

Los preparativos para la Semana Santa eran extensos. El primer día grande era el Domingo de Ramos. Por los caminos y carreteras se veían feligreses portando ramas de palma real. Con ellas en las manos, algunas un tanto embellecidas, llegaban hasta la iglesia del pueblo a participar de la santa misa y a que las ramas fueran bendecidas por el párroco. Se conmemoraba la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén en la primera Semana Santa. Una vez terminadas las ceremonias religiosas del día, los feligreses regresaban a sus hogares portando sus ramas bendecidas y muy ufanos las llevaban en alto. Las ramas no se podían destruir o echar a los desperdicios por ser ramas santas y bendecidas. Algunos las colgaban de la pared en sus hogares; otros tomaban ramitas trenzadas y las colgaban en el espejo retrovisor de sus vehículos. Las ramas portaban bendición y funcionaban como una especie de amuleto protector. Ese primer día de la Semana Santa era el comienzo de una semana de singular importancia. Todos los días eran santos. Se hablaba de Lunes Santo, de Martes Santo, de Miércoles Santo, de Jueves Santo, y de manera especial, de Viernes Santo, de Sábado de Gloria, y culmina la semana con el Domingo de

Resurrección. La Semana Santa era una solemne recapitulación de la última semana de Jesús aquí en la tierra, según los relatos de los Evangelios.

La Semana Santa era ocasión de ayunos especiales. Los días más solemnes, como el jueves y el viernes, eran días cuando no se podía comer carne, solo pescado. En mi familia se compraba mucho bacalao y se preparaba en escabeche para que durara toda la semana. Se comía mucho plátano y guineo, batata, ñame, yautía y apio. En otros hogares la práctica era la misma. Muchos se vestían con ropas muy sobrias; también otros llevaban los hábitos que requerían las promesas hechas a Dios.

Todo lo que se necesitara para la comida había que cosecharlo antes del jueves. Durante el jueves y el viernes no se podía cortar árboles ni plantas. Eran días de completo reposo. Si se hería un árbol, de éste brotaría sangre. Se veía a la creación como toda dolida y sufriente por la muerte del Señor Jesús. La tierra y la vegetación eran como el mismo cuerpo de Cristo. Herir la flora constituía un vituperio al cuerpo del Señor. La misma atmósfera estaba enlutada y triste; todo alrededor se vestía de colores lúgubres. Los altares en la iglesia eran vestidos de ropas moradas.

Todo ya estaba preparado para los dos días más solemnes: Jueves Santo y Viernes Santo. Un gran número de mujeres se ponían mantillas para entrar al templo. Los hombres y los jóvenes se vestían de la mejor ropa que tuvieran.

El Jueves Santo la iglesia estaba abarrotada. Recuerdo que un Jueves Santo fui con mi abuelo a la iglesia. Se celebraba el llamado "paso de cruz". Los dos nos arrodillamos frente a un crucifijo que se había puesto sobre una almohadilla, le besamos los pies y depositamos una ofrenda en un platillo que estaba al lado. Para mí fue un momento de mucha solemnidad y reverencia. Estaba ante el misterio del crucificado, lo cual yo no entendía pero lo sentía. Aun hoy día, aunque conozco más de Jesucristo, el misterio del crucificado permanece para mí insondable e inefable. Solo el asombro empieza a tocar el borde del amor de Dios en Cristo Jesús. Mi abuelo y yo regresamos a casa. Yo, vestido de mi mejor ropa y con una imagen imborrable del momento vivido en esa mañana de Jueves Santo, caminaba a paso ligero y con alegría en el alma. Ese fue un día de luminosidad para este peregrino.

El día más impresionante era el Viernes Santo. Se conmemoraba la pasión y muerte del Señor Jesucristo. Era día de solemnes ceremonias en el templo. Poco después de mediodía salía la procesión de la iglesia. La multitud que estaba en la iglesia formaba una procesión que salía a dar una vuelta alrededor de la plaza pública. Frente a la procesión iba el sacerdote y detrás cuatro hombres de la alta alcurnia portaban el cadáver de nuestro Señor Jesucristo acostado en una camilla y dentro de un palio. Era un momento muy solemne. La multitud era grande y sobre todos se percibía un ambiente de tristeza y angustia. La creación toda parecía participar del mismo dolor que los feligreses en la procesión. Toda la tierra, con los ángeles y arcángeles, estaba enlutada y lloraba la muerte del redentor del mundo.

Terminada la procesión y los demás ritos en la iglesia, la multitud regresaba a sus hogares. En el camino podían suceder cosas extrañas. Muchos se emborrachaban, otros formaban trifulcas. La mayoría volvía a sus hogares a comer bacalao en escabeche o pescado frito y la verdura, los platos aceptados como legítimos para la ocasión, o simplemente a descansar. Quedan todavía el

Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección. Nunca he sabido por qué el sábado se le llamaba Sábado de Gloria. Sí recuerdo el estribillo que decía:

Viernes Santo murió,
sábado resucitó,
domingo subió a los cielos.

El estribillo no está de acuerdo a la tradición bíblica, pero eso era lo que cantábamos. Ya para el domingo había pasado la solemnidad del jueves y del viernes. Ahora el énfasis era en la resurrección de Jesús, el que venció la muerte, y la fuente de nuestra esperanza. Se iba a la misa, pero la atención estaba puesta en los bailes y en las fiestas donde se tomaba mucho ron y se bailaba. Se dejaba atrás la solemnidad de los días del jueves y viernes. Se olvidaba un tanto el sacrificio y los ayunos, y se enfatizaba la satisfacción de los placeres.

Después de la Semana Santa, el retorno a la rutina diaria, a la brega con las enfermedades, al trabajo duro y mal pagado, a la pobreza, a la falta de educación, a vivir en la casita de madera y zinc, a andar descalzos, o la vida de los arrimados, como lo era la gran mayoría de la gente de mi barrio. Esta rutina podía ser anonadante y desesperanzadora, pero así se vivía en mi barrio.

Las fiestas patronales

Para el mes de junio había otra semana de observancia religiosa. Se celebraban las fiestas patronales con mucha algarabía y juegos de azahar y bebelatas. Frente a la iglesia había una estatua de San Antonio de Padua. La parroquia llevaba ese mismo nombre. Mucha gente iba al pueblo a jugar en las picas, a mecerse en el tío-vivo o la estrella, a pasear alrededor de la plaza, y los hombres mayores de edad a tomar bebidas alcohólicas. Mucha gente nunca entraba a la iglesia. La fiesta del patrón parecía más una fiesta pagana que una celebración cristiana. Cuando niño yo nunca fui a una de estas fiestas patronales. Me parecían inhóspitas para los niños.

Rosarios y promesas

Rezar el rosario era parte importante de la piedad en los hogares. Estos se ofrecían por las noches y los dirigía la madre o un hijo o hija de la familia. En cierta época a mí se me encomendó la tarea de dirigir el rosario. Yo tomaba el rosario en mis manos e iba poco a poco ofreciendo las oraciones de rigor hasta terminar de rezar. Mis hermanitos menores participaban repitiendo las oraciones de responso. Ante nosotros había algunas velas prendidas, un crucifijo y varias estatuas de santos incluyendo la Virgen María y San Antonio. Las oraciones eran siempre las mismas y no había ningunas espontáneas. Después de un tiempo uno las sabía de memoria y las repetía ligerito para terminar pronto.

Ocasionalmente mi papá o mi mamá había hecho una petición especial a Dios y había prometido en cambio, ofrecer unos rosarios cantados a San Antonio, el patrón del pueblo, o a la Virgen María. Para cumplir con esta promesa se preparaba un altar muy bonito en la sala de la casa. Con sábanas blancas se hacía una especie de casita en forma semicircular como de cinco pies de alta, tres de ancha y dos de profundidad. Sobre las paredes interiores y los bordes se colgaban flores, y sobre la mesa donde estaba el altar se colocaban muchas velas. En el centro del altar

estaba el crucifijo y la imagen de la Virgen María. Frente al altar se colocaban los bancos y las sillas que hubiera. Siempre había alguien para dirigir el rosario, hombre o mujer. A su debido tiempo se introducían los cánticos de rigor. Estos aludían a Jesús o la Virgen. No faltaban los obsequios. Para todos había chocolate con galletas y para los hombres adultos, ron cañita. A veces los rosarios terminaban en trifulcas entre los participantes. Esto se debía a que con las bebidas alcohólicas se exacerbaban los ánimos de algunos y perdían el control. En mi barrio se decía, cuando había peleas en una fiesta o reunión: "Eso terminó como el rosario de la aurora". Querían decir que había habido pelea, como ocurría en muchas ocasiones en rosarios nocturnos, a donde iba mucha gente y se repartía ron. No era la mejor manera de honrar a Dios.

Los hábitos

Durante el año se podía ver a mujeres vestidas con ropas especiales que parecían vestimenta de monasterio. La mujer estaba cumpliendo una promesa al Señor o a un santo y parte de la penitencia era el llevar cierta clase de vestido por un periodo de tiempo. El traje, por lo regular marrón o blanco, era largo con mangas largas, cuello alto, cordón grueso blanco o azul amarrado alrededor del cinto. Esas personas eran muy respetadas por la comunidad y se las consideraba especialmente piadosas.

La cultura religiosa de Barranquitas estaba altamente permeada por las prácticas del catolicismo romano. El catolicismo se respiraba durante todo el año: en las fiestas del año eclesiástico, en la regularidad de las misas dominicales, en el confesionario, en los bautismos de niños, en los entierros de muertos, en las bodas, en los rosarios hogareños, en los hábitos de penitencia. No sólo el barrio, sino todo el pueblo, exhibía los rasgos de la religión católica. Aunque algunos se desviaban un poco participando en prácticas espiritistas, la tónica fundamental de este pueblo de la montaña boricua era católica y esto desde su fundación en 1803.

El espiritismo

El espiritismo se practicaba por las mismas familias católicas. Mi abuela paterna era muy católica. Iba a misa a menudo y en su casa se rezaba el rosario todas las noches. Los demás miembros de la familia inmediata y los lejanos eran igualmente católicos. No obstante, cuando su hijo mayor, Monserrate, enfermó de la mente, en repetidas ocasiones mi abuela celebraba sesiones espiritistas en su casa o iba a los lugares donde se reunían las sesiones. Recuerdo una sesión en casa de ella. El médium estaba sentado a la cabecera de una mesa rectangular. Alrededor de la mesa estaban algunos miembros de la familia. Yo, como era un muchacho de diez años, me senté en una esquinita a mirar de lejos. En medio de la mesa siempre había un vaso lleno de agua. Cuando el médium caía en trance, empezaba a hablar sobre las figuras que veía en el vaso de agua y de los mensajes que recibía de los espíritus. En una ocasión el médium con los participantes se trasladó al batey de la casa y empezó a escarbar la tierra. Encontró un frasquito pequeño en el cual había unas substancias y algunas yerbas. Supuestamente era un hechizo que alguien le había hecho a la familia para hacerle daño.

Yo nunca vi nada en estas sesiones, pero sí, me impresionaba cuando el médium caía en trance. La persona se estremecía y empezaba a dar unos mensajes. Era algo que me estaba raro. Como muchacho no tenía ingerencia en el asunto, pero observaba y lo grababa en mi mente. Todo

parecía tan fuera de lo común. Eso sí, cuando tenía que salir de noche solo, sentía temor de que los espíritus me salieran al encuentro. Mi mente juvenil concebía a los espíritus como realidades incorpóreas que podían tomar posesión de uno. Eran fuerzas peligrosas que podían hacer daño a los humanos. Había que temerlos.

Mi tío nunca superó la locura y murió en el manicomio en el 1941. Pero mi abuela quería que se sanara y recurrir al espiritista era su manera de canalizar su angustia, aunque la práctica contradijera su catolicismo. Sesiones espiritistas se celebraban en otros hogares del barrio. No obstante, la religiosidad seguía siendo católica.

El santiguador, la comadrona y el médico

En el barrio había un hombre muy piadoso que se llamaba don Polo. En mis años de niño, don Polo tendría ya más de cincuenta años. En el barrio decían que don Polo santiguaba. A la sazón mi hermano Víctor se dislocó una rodilla. Mis padres mandaron a buscar a don Polo. Este vino en seguida. Era una persona tranquila que inspiraba confianza. Le llevaron adonde estaba mi hermano acostado. Se sentó en un banco que había al lado de la cama, abrió su bolsita y extrajo una botellita de aceite. Se acercó a mi hermano y al tomar la pierna en sus manos rezó un Padre Nuestro. Luego le quitó la tapa a la botellita y echó un poco de aceite en su mano izquierda. Puso la botellita a un lado y tomando la pierna, empezó a poner el aceite sobre la rodilla y todo el área afectada. Luego, con mucho cuidado pero con firmeza empezó a sobar la rodilla. De vez en cuando trataba de halar la pierna en su dirección. Mientras le daba el sobo, ofrecía oraciones en voz baja. En algún momento se oyó un "tic". El ruidito era señal que el hueso había caído en su sitio. Don Polo siguió por unos momentos más, orando mientras sobaba. Finalmente terminó ofreciendo otro Padre Nuestro. Don Polo se fue a su casa y el muchacho empezó a andar. Yo me quedé con la imagen de un hombre piadoso que se dedicaba a curar.

Cerquita de mi hogar vivía doña Carmen Berríos. Era una mujer alta, delgada, pelo greñudo, porte elegante, rostro arrugado. Se vestía con traje largo y caminaba con soltura. Doña Carmen era una mujer importante en el barrio, y más que importante, indispensable. Era la comadrona del barrio. Cuando iba en gestiones oficiales, llevaba su maletita con sus utensilios. Mi madre tuvo diez hijos, cinco varones y cinco mujeres. Para casi todos ellos doña Carmen sirvió de partera.

La llegada de un niño era un acontecimiento especial en mi hogar. Tan pronto le venían los dolores a mi madre, mi padre iba a buscar a Comay Carmen, como le decía él. Después de ayudar a sacar la criatura, lo primero que hacía la comadrona era cortar el ombligo y disponer de la placenta. El área del ombligo se cubría con mercurocromo y se le ponía un vendaje encima, asegurándolo con esparadrapo. Durante los primeros días doña Carmen visitaba mi casa todos los días. Mi padre siempre compensaba los servicios de doña Carmen.

Para nosotros los niños, la llegada de otro hermanito o hermanita era motivo de celebración. Nunca se comía mejor que durante el periodo de convalecencia. Se mataba una gallina todos los días para alimentar a la mamá. Se le hacía horchata de ajonjolí. El trato especial se extendía por cuarenta días. De todo eso participábamos los niños. Yo mismo a veces hacía la horchata. Recibir otro bebé en el seno del hogar era, pues, una experiencia hermosa. A los recién nacidos

se les ponían en un coy. Este era una especie de hamaca, que en el fondo tenía un marco rectangular de madera. Se colgaba del techo con dos sogas que servían también para mecer al bebé. Con un mosquitero se protegía de los mosquitos.

Mi madre permanecía en cama unos cuantos días. A todos nos gustaba oír el llanto de los bebés, mirarlos y acariciarlos. Con el pasar de los años, la casa se fue llenando de nuevos bebés, hasta llegar a diez en 1942. En diecisiete años mi madre tuvo diez hijos, todos atendidos por comadronas. Que yo recuerde, mi madre nunca fue a médico alguno mientras estuvo embarazada. Tampoco perdió ninguna de sus criaturas. Entre la comadrona y ella lograron que los diez hijos llegaran sin mayor percance.

Rara vez visitábamos a los doctores en medicina. Mi hermano Víctor estuvo muy enfermo con pulmonía. Tan grave estuvo que mi madre ya había preparado la mortaja, esperando que se iba morir pronto. La ayuda del Dr. Prieto de la Unidad de Salud Pública salvó la situación. Al verlo tan decaído, le recetó una inyección de 20cc, diciéndole a mi padre que si no respondía, entonces el caso estaba perdido. Mi hermano siguió entre la vida y la muerte. Mi tía Toñita, que era enfermera, tenía una jeringuilla de 10cc pero no de veinte. Le puso diez para un último recurso. Al muchacho empezó a bajarle la fiebre de tal forma que siguió hasta más abajo de lo normal. De haberle puesto los 20cc, quizá hubiese muerto, pues era dosis adulta. Por la mañana quedó libre de peligro. A los hermanitos, que durante la noche habíamos estado llorando, se nos alegró el corazón. Y mi madre se quedó con la mortaja hecha. Que yo recuerde, esa fue la única vez durante mi infancia que en mi hogar se utilizaron los servicios de un médico. Para las demás enfermedades se dependía de remedios caseros o de los consejos de gente del barrio.

La hamaca ambulancia

En los caminos y en la carretera que va de Comerío a Barranquitas, a menudo se veían pasar dos o más hombres cargando un enfermo en una hamaca colgada de un bambú. Iban a llevar el enfermo al médico en el pueblo o al Hospital Municipal en La Vega. Como el camino era largo y el enfermo, si era adulto, pesaba mucho, se turnaban para aliviar la carga. Los hombres iban descalzos. Era la ambulancia de aquella época.

La muerte

Hoy en día mucha gente no conoce la muerte directamente. Cuando se muere alguien en la familia, enseguida se llama a la funeraria y todos los servicios religiosos ocurren allí o en la iglesia.

Era distinto en mis años de infancia. Cuando alguien moría, por lo regular estaba en su hogar y se velaba ahí mismo. Se compraba una caja de pichipén cubierta de tela gris y se la colocaba en la residencia del difunto. En algunos hogares ponían un baño grande con hielo debajo de la caja. Los rosarios se rezaban y las que lloraban caían con ataques de llanto en la misma casa. De allí salía el féretro para la iglesia. Este era portado a pie por cuatro o seis personas hasta la iglesia en el pueblo. No se conocían los coches fúnebres. Una vez terminadas las ceremonias religiosas, se volvía a tomar el féretro y se llevaba hasta el cementerio en La Vega. Un entierro siempre era una pequeña procesión de familiares y vecinos. Al llegar al cementerio y antes de

proceder al entierro, alguien de la comitiva ofrecía el duelo. Se bajaba el féretro al hoyo y se enterraba con la tierra que había alrededor. Algunos de la comitiva ayudaban al sepulturero echando una pala de tierra. Los entierros eran siempre experiencias colectivas.

Dos muertes me impactaron durante esos años. Ramoncito era un jovencito del barrio, hijo de Ramón Cruz, el barbero. Era muy juguetón y cariñoso. Siempre estábamos jugando juntos. Yo iba a menudo a su casa. Sucedió que Ramoncito cayó enfermo. Decían que tenía tifoidea. Yo me angustié mucho, y más me angustié cuando supe que había muerto. Fue mi primer encuentro con la muerte. Por varios meses estuve llorando su partida. No entendía porqué se había ido Ramoncito.

El otro encuentro con la muerte fue aún más traumático. Había una joven hermosa llamada Alejandrina. Era alta, esbelta, delgada. Alejandrina era amada por todos en el barrio. Los vecinos se deleitaban en su belleza y esperaban que fuera una mujer de bien, se casara y tuviera muchos hijos. Carmelo Mercado era uno de nuestros peones más diestros, el que mejor araba y cuidaba de los bueyes de la finca. Miró en dirección de Alejandrina y se enamoró de ella. Pronto se casaron. Para residir construyeron una modesta casa en la finca de mi abuelo. El matrimonio prosperó y Alejandrina salió encinta. Todos en el barrio esperaban el bebé como si fuera suyo propio. A medida que su vientre fue creciendo, Alejandrina se iba poniendo blanca y demacrada. Pronto corrió la noticia por el barrio: "Alejandrina está muy enferma con eclampsia y no le aseguran la vida." Fue cuestión de días. Su muerte conmovió a todos los vecinos. Fue una doble muerte. Murió la madre y murió la criatura. Carmelo estaba inconsolable y todos le hacíamos coro. De esa muerte no me he podido olvidar.

IV. TENSIONES EN EL BARRIO

No quiero dar la impresión de que todo marchaba bien en el barrio. No todo era miel sobre ojuelas. Había una serie de situaciones de carácter personal y sistémico que afectaban a los habitantes de La Loma.

Alcoholismo

Uno de los problemas del barrio era el alcoholismo. Mi abuelo paterno murió alcohólico; así también, unos de mis tíos. Mi padre abusaba del alcohol hasta el punto que afectaba la salud del hogar. Afortunadamente dejó el vicio después de su primer ataque al corazón. En el barrio se fabricaba ron cañita, el llamado pitrinche. Con mis propios ojos vi un alambique que mi padre había montado en un área resguardada de la finca. Esto era necesario, porque la policía estatal siempre andaba en busca de estas operaciones ilegales para destruirlas. Además, en las tiendas se vendía mucho el ron y la cerveza que manufacturaban las licoreras del país. El alcoholismo, además de afectar la estabilidad de los hogares, también afectaba la economía. Los obreros ganaban poco, pero para comprar licor siempre tenían. Así las necesidades reales del hogar se descuidaban.

Robos

Por las noches se podía oír el ruido de las gallinas que estaban durmiendo en las guabas. A veces se trataba de un ladrón del vecindario que robaba para alimentarse o para hacer una fiesta. Ocasionalmente alguien le pegaba fuego a un rancho de tabaco o se robaba el tabaco seco. A mi abuelo materno le escalaron la tienda un par de veces. Nunca se supo quiénes fueron.

Rencillas

Había rencillas entre vecinos. Al negro Rogelio, en una pelea en el sector Laberinto, lo hirieron en la barriga con una llamada gurbia, una cuchilla con pico de cotorra. Ver a un hombre herido y botando sangre era una experiencia impactante para un niño de diez años. En uno de los cerros de la finca de mi abuelo, Ramón Cosme le entró a tiros con un revólver a Gonzalo Torres, tumbándole varios dientes. En respuesta Gonzalo le propinó tremenda paliza con un fuste de plomo. Ninguno de los dos resultó seriamente herido. Lo sorprendente fue que Gonzalo aguantó la bala en la boca al ésta chocar con los dientes. Una pelea entre vecinos siempre sacudía el barrio.

Estas vivencias negativas eran parte del diario vivir en La Loma. A mí me causaban trauma y temor. Pero pasando balance, creo que el ambiente positivo sobrepujaba las fuerzas deletéreas.

La tierra: dueños y arrimados

El problema más serio lo causaban las diferencias sociales, los distintos niveles de pobreza y el estado de salud. Estaban los que no tenían tierra y vivían en la finca del patrono como arrimados. El dueño les permitía construir su casita en algún lugar de la finca. Estas casitas podían ser de madera y zinc corrugado o de paja, matojo y yaguas con batey de tierra al frente. Eran casitas de dos cuartos y una cocina con su fogón. Los arrimados recibían salarios bajos.

En la década de 1930, a estos obreros, que les llamábamos peones, se les pagaba un salario diario de treinta y cinco centavos y la jornada era de sol a sol, y aun los sábados. Andaban descalzos, usaban una pava de sombrero y sus herramientas de trabajo eran la azada, el machete y el pico. Su comida era sencilla: café con batata o pan por las mañanas, arroz con habicuelas, bacalao y verdura a las doce y por la tarde, arroz con habichuelas y verdura otra vez. Muchos en el barrio eran arrimados o sea, agregados.

Había los terratenientes. Una persona que tenía cincuenta o sesenta cuerdas de terreno, como era el caso de mis abuelos por padre y madre, se la consideraba poseedora de una riqueza de valor permanente. Algunos tenían tres o cuatro cuerdas de terreno. Esto no era mucho pero les daba cierta seguridad y un espacio para construir su casa. Tener tierra era tener status en el barrio.

Los hijos de los terratenientes vivían en la finca con los padres. Al casarse contruían una casa en ella y seguían cultivando la tierra. Algunos, como mi padre, compraban para sí tres o cuatro cuerdas pero siempre cultivaban partes de la finca mayor. Mientras permanecían solteros o solteras, vivían con su padres o se iban a estudiar. Dos de mis tías estudiaron enfermería; el tío mayor estudió en los Estados Unidos su bachillerato en ciencias. Los otros hijos no estudiaron mucho; les gustaba el comercio. El mero hecho de que estudiaran es indicio de que no eran de los más pobres. Aunque no eran ricos, tenían algunos recursos.

V. EDUCACION

Las escuelas públicas

Mi padre asistió a la escuela pública hasta el séptimo grado y sabía leer y escribir muy bien. Su letra era hermosísima. Mi madre terminó sólo el tercer grado de escuela elemental. Su padre la quitó de la escuela para que ayudara a su mamá. Esta cosía docenas de camisas y trajes elegantes de hombre y mujer. Mi madre se hizo costurera fina además de cocinera sin par. Era mujer de una inteligencia poco común. Le gustaba leer el periódico, recitar poesía y leer su Biblia.

Ambos padres querían que todos los hijos estudiaran. Mi padre trabajó arduamente para que su hermano mayor prosiguiera estudios de escuela superior y universitarios en el estado de Michigan en los Estados Unidos. Mi madre se lamentaba ocasionalmente de que su padre la sacara de la escuela. El interés, pues, de mis padres por la educación de sus hijos era algo genuino y prioritario. Había que salir de la pobreza, y el camino a seguir era la educación.

Las Galanas

Comencé mi escuela elemental en 1931 en una escuelita en forma de cuadrado, un solo salón con techo rojo. Comparada con las casas del barrio, la escuelita nos parecía un gran edificio. Tenía un patio donde corríamos, un aljibe para recoger el agua de lluvia, y dos letrinas. La escuelita quedaba solitaria sobre una loma y podía verse desde lejos. Quedaba al lado del camino vecinal y todos íbamos a pie. Para entrar a la escuela se subía por una escalera ancha de varios escalones. Estaba levantada sobre columnas de cemento y debajo nos guarecíamos cuando llovía. Tenía una puerta de entrada, y ventanas con persianas por dos lados. Uno de los otros dos lados se utilizaba para pizarra y el otro para poner exhibiciones. Frente a la pizarra se encontraba el escritorio de la maestra con su silla. Los asientos eran dos líneas de bancos de madera. En una hilera estaban los niños de primer grado y en la otra, los de segundo. Las clases comenzaban a las ocho de la mañana y terminaban a las doce.

Mi primera maestra fue Angelita Rodríguez. Era mujer muy cariñosa y amable con los niños y a mí me agradaba mucho. Con ella aprendí mis primeras letras: el alfabeto, las sílabas y oraciones sencillas, lecturas cortas, algunas canciones. También aprendí un poco de inglés. Los libritos de inglés eran de colores vistosos y los personajes todos rubios. El inglés era bien sencillo. Tengo que haber hecho buen trabajo, pues me gradué de segundo grado en esa escuelita.

A los niños nos gustaba la hora del recreo. Salíamos al patio a jugar, a tomar agua, a atender nuestras necesidades biológicas y a veces a pelear unos con otros. Bien recuerdo que un compañero de clases que se llamaba Alfredo Lasanta comenzó a molestarme al punto que me enojé. Sin pensarlo mucho tomé en mis manos una vara de higuillo y le di dos palos. Cura santa, no volvió Alfredo a molestarme.

De mi casa a la escuela se llegaba por el camino real, todo de tierra, que cuando llovía se convertía en un tremendo fangal. Con el transitar de los caballos se formaban en el camino tremendos charcos de lodo y agua. Al regreso de la escuela yo me deleitaba en meterme en el

fangal. El efecto era tal que mis pies y piernas bajas desarrollaban una costra color de tierra. Lo que hacía no era del agrado de mis padres.

De camino de la escuela, picando ya para la una de la tarde, mi tío José Alberto y yo nos deteníamos en casa de don Pepe Colón. Sin falta, las hijas de don Pepe, Isabel y Tití, nos tenían batatas asadas, las cuales devorábamos en un santiamén por el hambre que nos acosaba. Era un "tente-en-pie" hasta llegar a nuestros hogares. Nunca supe porqué hacían eso, pero a nosotros nos encantaba que lo hicieran. Así se vivía en mi barrio.

Ya la escuela no existe. El edificio se ha restaurado como Centro Comunal con miras de establecer un Centro Head-Start. Pero en mi memoria permanece imborrable la imagen de aquel modesto edificio, símbolo de mi primera aventura en la educación formal. Fue el comienzo de una larga trayectoria educativa que se extendió por veintitres años. Sin ese primer peldaño, no se hubiesen dado los otros. ¡Gracias, escolita! ¡Gracias, Angelita! Ustedes me abrieron las puertas hacia el futuro.

Honduras

Despegarme de la escolita no fue fácil, pues ya tenía un lugar muy especial en mi corazón. Pero las Galanas no tenía espacio para el tercer grado. Para el tercero nos enviaron a un edificio que se había construido para estibar tabaco. Del cuarto al sexto grado los estudié en otro almacén grande propiedad de don Manolo Berríos. Dentro del almacén se hicieron dos grandes salones, uno para tercer y cuarto grados y el otro para el quinto y sexto. Durante esos años aprendí las tablas de multiplicar, mucho inglés, mucha geografía y algunos principios de ciencia.

Recuerdo en mi sexto grado que tuve dificultad con un problema de matemática y el maestro que se llamaba Santos Pagán, me dio tremendo cocotazo, tan fuerte que en mi imaginación todavía siento el impacto del golpe. No creo que me lo merecía.

Durante el quinto grado tuve una maestra llamada Carmen Brindle. Era muy afable y nos trataba con mucho cariño y respeto. Pronto los estudiantes nos dimos cuenta que esta maestra no venía del pueblo en el mismo carro que una de las otras maestras. No sólo no viajaban juntas, sino que la otra, que era una mujer fornida y líder en el pueblo, muy a menudo insultaba a Mrs. Brindle. Esta no contestaba los agravios. Nunca, al regresar al pueblo, se iban en el mismo carro. El ambiente de hostilidad permaneció durante todo el año escolar. Para nosotros los estudiantes, el ambiente de tensión entre estas compañeras de trabajo no nos gustaba y tampoco sabíamos la razón de los ataques verbales contra Mrs. Brindle. La atmósfera se clarificó cuando supimos que Mrs. Brindle era protestante y esposa de uno de los maestros de la Academia Bautista de Barranquitas. La otra era una líder destacada en la Iglesia Católica local. Fue mi primer contacto directo con un protestante. Aunque ya me habían dicho que entrar al pequeño templo bautista que había en el pueblo cerca de la plaza, era pisar la cruz. Decían que debajo de la entrada había una cruz enterrada, y un católico nunca debía pisar la cruz de Cristo. Esa era la fama que tenían los protestantes. A esta gente había que mantenerla a distancia. Era pecado entrar a su templo.

La maestra gruesa a la cual he hecho referencia me enseñó el tercer grado. Tenía una vara larga de palo de cadillo para disciplinar a los niños. Cuando esto se daba, mandaba a pasar al niño o

niña frente a la clase y con la vara le daba unos cuantos azotes. Era un castigo que todos temíamos. Nos ponía en ridículo. Y no podíamos decir nada a nuestros padres, pues para éstos, los maestros siempre tenían la razón. Y si decíamos algo, podíamos ser castigados por nuestros padres también. La autoridad del maestro no se cuestionaba. Cuando se anunciaba la visita del superintendente, todos nos poníamos nerviosos. El superintendente era un personaje que intimidaba. Su sola presencia nos llenaba de pavor. Uno de ellos se llamaba Mr. Cortés. El nombre me parecía inadecuado, pues para mí, él no era nada de cortés. Ese era el ambiente de disciplina que reinaba en las escuelas públicas de la época. Por lo menos había respeto, aunque fuera a expensas de un ambiente ~~poco~~ democrático. ←

En cierta ocasión esta misma maestra me mandó a que le buscara un gajo de guineos. Con mucha diligencia fui a donde mi padre y le dije: “La maestra quiere una buena mano de guineos verdes.” El cogió el machete y nos adentramos finca adentro hasta encontrar un hermoso racimos de guineo gigante. Mi padre cortó dos manos de las mejores, las echó en un saco de lona, y me lo dio para que lo llevara a la maestra. Con saco en mano me volví a la escuela y con alegría le ofrecí los guineos a la maestra. Ella miró los guineos y con una voz áspera y llena de coraje me dijo: “So bruto, yo quería guineos maduros y no verdes.” Nunca antes ni después me había sentido tan insultado y pequeño como en ese momento, frente al cuerpo de maestros. El espectáculo ocurría públicamente mientras los maestros estaban en receso y compartían amigablemente. Asustado y sorprendido, abandoné el lugar y me fui para el salón. No fue hasta muchos años más tarde que les dije a mis padres lo que había ocurrido. Era algo de lo cual me sentía avergonzado. Tan fuerte puede ser el impacto de una maestra en un estudiante. En este caso fue un impacto negativo. Aunque pensándole bien, aprendí cómo no tratar a la gente.

Al terminar el sexto grado, pasé a proseguir el séptimo grado en la escuela pública del pueblo. Se hicieron los arreglos para que almorzara en casa de doña Zoilita, una señora gruesa y agradable que vivía en la calle detrás del culto protestante. Pero esto duró muy poco. Por gestión del Alcalde de Barranquitas y de otras fuerzas políticas, el Departamento de Educación autorizó que se estableciera un séptimo grado en la escuela de Honduras.

A la sazón, muy cerca de los mismos terrenos donde estaban los almacenes de tabaco que albergaban las clases, se construía una escuela nueva que llevaría por nombre Antonio Vázquez Ramos, alcalde de Barranquitas. El edificio se terminó muy pronto y la clase de séptimo grado se alojó en las nuevas facilidades.

Construido de cemento armado, el edificio tenía la forma de una U. Estaba compuesto de cuatro grandes y cómodos salones. Las ventanas tenían persianas, las pizarras eran verdes, había puertas corredizas para dividir los salones y hacer un salón de actos. En el vacío de la U se podía montar una cancha de volibol. Para mí la nueva construcción era una maravilla.

Desde que se abrió la escuela, en días de clase, yo iba tempranito todas las mañanas y limpiaba los pasillos. Esto lo hacía con mucho gozo y sin recibir paga. Para mí era un deleite ver la escuela limpia. Durante esos dos años de séptimo y octavo grado, le tomé un amor a la escuela que ha perdurado hasta ahora. Mi escuela era como un templo, lugar de encuentro con el conocimiento y la verdad, espacio para cultivar amistades duraderas, ámbito donde se abrían nuevos horizontes para entender mi cultura y también otras.

Mi maestra durante esos dos años lo fue Celia Vázquez, sobrina del Alcalde. Era una mujer bajita, rubia y muy llana. Con ella establecí una profunda amistad que perduró hasta el día de su muerte. De vez en cuando me invitaba a su casa y disfrutaba de su amistad. Para mí su casa era una mansión, aunque era una casa muy modesta. Celia era excelente maestra. Aprendí bajo su dirección buen inglés y español, buena ciencia y matemáticas, y fui expuesto al campo de los estudios sociales. Me preparó de manera excelente para entrar a la escuela superior. Cuando obtuve mi doctorado de la Escuela de Divinidad de la Universidad de Harvard, la visité con mi esposa y le mostré una copia de mi tesis. Era el discípulo que veintinueve años más tarde vuelve a visitar a su antigua maestra como para decirle: "Este es mi regalo, sin tu ayuda no hubiera llegado tan lejos". A Celia le vivo eternamente agradecido por los horizontes nuevos que abrió a este joven que apenas empezaba a volar.

En mayo de 1939 fue mi graduación de octavo grado. Fui "valedictorian" y tuve que aprenderme un discurso de memoria para ofrecer a los graduandos. Me lo dieron ya hecho. Todavía recuerdo que mencionaba en mi discurso a Voltney, un pensador francés, que había escrito sobre la importancia de la educación. No recuerdo nada más.

Medios de comunicación con el exterior

A mediados la década de 1930, cuando ya había tomado conciencia de mí mismo, ya había en el barrio dos medios que nos ponían en contacto con el mundo exterior. El primero era el periódico *El Mundo*. Todos los días como a las diez de la mañana, el chofer de la guagua pública que venía de San Juan a Orocovis dejaba el periódico en la tienda de mi abuelo paterno, Longino. Tan pronto tenía la oportunidad, lo agarraba y empezaba a leerlo. Lo más que me interesaba eran las noticias de la guerra civil española y de la política en Puerto Rico y los Estados Unidos. Yo era antifranquista, pero una de mis maestras era franquista y propagaba su ideología. Todos los días seguía al detalle el progreso del conflicto entre leales y franquistas. Desde esa época no he perdido interés en los conflictos bélicos y en las relaciones entre las naciones. Para mí fue muy dolorosa la noticia de que las fuerzas del General Francisco Franco habían derrotado a las fuerzas leales. Del periódico también me gustaban muchos los muñequitos como Benitín y Eneas, Educando a Papá y Tarzán. *El Mundo* también publicaba una revista que se llamaba *Puerto Rico Ilustrado*. Llegaba con regularidad a la tienda de mi abuelo. Me gustaba porque tenía muchas fotografías.

El otro medio que nos conectaba con la realidad exterior fue la radio. El primer radio en llegar al barrio fue a mitad de la década de 1930. Lo tuvo la tienda de mi abuelo paterno, que ahora estaba bajo la dirección de su hijo Rafael. Era un radio RCA como de pie y medio de alto y quince pulgadas de ancho y de color marrón. Todas las noches de lunes a sábado se escuchaba la voz del comentarista Francisco Acevedo. Siempre dedicaba una porción de su noticiero a informar y comentar sobre la guerra civil española y los desmanes de Adolfo Hitler. "A propósito de la guerra", era su frase favorita para comenzar a informar de la guerra civil española y de otros temas. Fue desde este radio que yo escuché la noticia de la ejecución del hombre que alegadamente mató al hijo de Charles Lindbergh. Desde Trenton en Nueva Jersey un locutor iba describiendo de manera lenta e impresionante el proceso de ejecución. Finalmente con voz grave y solemne dijo: "Bruno Richard Hoffmann ha dejado de existir". Esta noticia me impactó mucho y hasta el día de hoy me parece oír esa voz grave y varonil anunciando la ejecución de

un hombre, para mí algo grande e inconcebible. Por la radio también escuchaba las peleas de boxeo entre Sixto Escobar y Harry Jeffra. Escobar, el gallito de Barceloneta, fue nuestro primer héroe boxístico. Oí la pelea entre Joe Louis, "el Bombero de Detroit" y Max Schmeling, el famoso boxeador alemán.

Así, pues, la prensa y la radio me proveyeron la oportunidad de conocer que hay otros mundos fuera de mi barrio. Mis horizontes se ampliaban. Los horizontes abiertos que se captan desde mi cerro favorito, con la prensa y con la radio se ampliaron exponencialmente más allá del ojo físico, pero siempre al alcance de la imaginación. Era una aventura que disfrutaba mucho.

Aprendizaje del inglés

Durante el séptimo y el octavo grado, en la escuela se encontraba un volumen en inglés llamado *The American Civilization* por Harold Rugg, profesor en Columbia University. Tomaba prestado el libro y me lo llevaba para mi casa. A la luz de un quinqué yo saboreaba el libro con todo y ser en inglés. He mantenido interés por la historia durante toda mi vida. En efecto, una de mis concentraciones en colegio fue en la historia de los Estados Unidos y en la Universidad de Pennsylvania terminé una maestría en historia y cultura de América Latina. Mi predilección por la historia empezó a echar raíces en mis años de escuela elemental.

El traje de graduación

Para la graduación se esperaba que todos los graduandos se vistieran en traje formal o "el flú", como decíamos en el campo. Esto para mí presentaba un problema serio, pues mis padres no tenían los recursos para comprarlo. Se me ocurrió escribirle una cartita a mi tía Mercedes, que vivía con su esposo, Rodrigo Agosto, en la ciudad de Nueva York. Tempranito en la década de los 30 se habían mudado a Nueva York en busca de mejores circunstancias económicas. Escribí y me puse a esperar. A las pocas semanas recibí un paquete de ella. Me había enviado un traje negro de cuatro botones de su esposo. No me quedaba mal, aunque un poquito holgado. Así que ya tenía el traje para la graduación. En el mismo paquete venía un par de zapatos negros muy bonitos. Eran de Rodrigo y estaban usados pero en muy buenas condiciones. Me los puse y descubrí que me quedaban apretados, pero eso no impidió que los usara. El día de la graduación me los puse y sufrí un poco, porque después de una hora con ellos, los pies empezaron a sentir el apretón y a protestar. Pero soporté hasta volver al hogar. Me senté en una silla, me quité los zapatos y a descansar se ha dicho. A Mercedes y a Rodrigo les debo el que tuviera un traje en la graduación. Por varios años usé el regalo que me hicieron y desde luego, tuve que soportar los apretados zapatos.

Viaje a San Juan: Aventura inolvidable

Antes de la graduación, la maestra había decidido que, como actividad especial, la clase graduanda haría un viaje a San Juan. Esto sí que era grande. Ir a la capital era algo especial y nunca antes soñado. Pocos miembros de la clase habían ido a San Juan. Eramos jibaritos del campo.

Contratamos una guagua grande y hacia San Juan se encaminaron los dieciocho graduandos, una sobrina de la maestra, la maestra y algunos apegados más. ¡Qué mucho gozamos! Llegar a San Juan era un acontecimiento muy singular para todos los graduandos. Fuimos al Morro, a San Cristóbal, al centro de la ciudad. Nunca antes habíamos visto tanto edificio alto y unas fortificaciones tan inmensas y sólidas. La calles de adoquines nos parecían surreales. San Juan era una ciudad bonita y nos sentíamos orgullosos de que fuera nuestra capital. Desde entonces San Juan no ha perdido su encanto para mí. Llegamos a La Loma por la tarde un tanto cansados. Y ahora el verano y después a la escuela superior.

VI. HERMANOS Y HERMANAS

Somos diez hijos, cinco hombres y cinco mujeres. Todos nacimos entre 1925 y 1942 en el siguiente orden: Luis Fidel, Víctor Manuel, Gloria Mercedes, José Antonio, Jaime Héctor, Carmen Elena, María Herminia, Roberto, Nereida y Juanita Milagros. Ninguno de nosotros ha muerto todavía.

Mi padre me enseñó desde pequeño que yo era responsable por los demás hermanitos, incluyendo su educación. Creo que así lo he hecho en la medida que he podido. Como familia desarrollamos vínculos fuertes los unos con los otros, lazos que permanecen todavía.

Víctor, el segundo hijo, fue al ejército durante la Guerra de Corea en 1950. De regreso, obtuvo un Bachillerato en Contabilidad de la Universidad de Puerto Rico. Trabajó varios años en la West Indies Tanning y en la General Electric en Caguas, pero en 1960 renunció, respondiendo al llamado del Señor Jesucristo al ministerio cristiano. Estudió teología en el Seminario Evangélico de Puerto Rico y más tarde en Princeton Theological Seminary. Sirvió de pastor en diferentes iglesias bautistas: Caguas (asociado interino), Trujillo Alto, Carraízo, Saint Just y Santurce. En 1975 fue a Valley Forge, Pennsylvania, para servir a las Iglesias Bautistas Americanas como Director para la obra misionera en América Latina. La Comunidad Teológica de México le concedió un doctorado honorario en Teología Latinoamericana. Víctor está retirado y vive en Río Piedras, tomando clases y practicando su cuatro [*instrumento de cuerdas de la familia de la guitarra*]. Actualmente preside el Concilio Ministerial de las Iglesias Bautistas de Puerto Rico.

Gloria tiene una historia variada y de muchos logros. A los dieciséis años empezó a enseñar en la escuela pública. Luego terminó su Bachillerato en Educación en la Universidad de Puerto Rico y más tarde una Maestría en Bibliotecología. Se retiró después de treinta años en el sistema público. Aceptó trabajar como bibliotecaria en el Seminario Evangélico, donde ejerció por más de 10 años. Luego ayudó a uno de sus hijos en su farmacia. Retirada por tercera vez, goza en la enseñanza de matemáticas a niños que frecuentan la Biblioteca Carnegie en San Juan. Ella no puede estar ociosa. Es una mujer de firmes convicciones espirituales.

A José Antonio le llamábamos “Moroño”, y así se quedó hasta el día de hoy. Escogió la carrera militar en el Ejército de los Estados Unidos. Allí permaneció hasta que tuvo que licenciarse por razones de salud. Luego de licenciado, obtuvo un Bachillerato en Economía y una Maestría en Mercadeo, y por varios años enseñó en la Universidad Interamericana. Hoy día se encuentra en su hogar de Bayamón un tanto quebrantado de salud.

Jaime Héctor terminó la Escuela Superior pero no siguió estudios universitarios. Trabajó por muchos años en la Autoridad de Energía Eléctrica de Puerto Rico y luego en la industria de la construcción dirigiendo proyectos. Ya está retirado pero no ocioso. En su hogar en Barranquitas se dedica a hacer pasteles, curtidos de ajíes y sofrito para vender a los vecinos. Se mantiene muy activo.

Carmen Elena terminó la escuela superior en la Academia Bautista en el año 1954. Desde entonces reside en Caguas. Allí tomó un curso secretarial y trabajó en el Citibank hasta retirarse. Carmen es la cantante de la familia. Dios le dio una voz preciosa, la cual ella usa para la gloria de Dios. Desde 1954 es miembro del Coro Mayor de la Primera Iglesia Bautista de Caguas. Ahora en su retiro dedica mucho tiempo al cuidado de su suegra, así como lo hizo con su suegro hasta la muerte de él. También visita enfermos y los edifica con sus melodiosos cánticos, oraciones y lecturas bíblicas.

María Herminia recibió el segundo nombre de su tía pero no le gusta que se la llamen así. Prefiere simplemente Mary. Ella es tecnóloga de radiología y por muchos años ejercía con radiólogos privados. Los últimos dieciocho años antes de su retiro sirvió como supervisora del Departamento de Radiología en el Hospital Municipal de San Juan. Sintió gran satisfacción en servir a los pobres de San Juan. Dice Mary: "Estaba muy comprometida con el reto que me dio la vida...Pude conocer mejor los seres humanos y desarrollar mis capacidades." Ya retirada, disfruta de su jubilación en su apartamento ubicado en la Milla de Oro de Hato Rey.

Roberto fue muy amigo mío cuando crecía. Juntos íbamos a mi cerro favorito a visitar y cuidar un arbolito de mangó que había sembrado en unas de sus laderas. Cuando me fui para el Ejército en 1943 le encargué que lo cuidara. El lo hizo, pero el terreno era tan malo que el arbolito murió. Roberto fue a la Universidad de Puerto Rico y de allí recibió un Bachillerato en Educación. Trabajó de maestro y principal en el sistema público; luego, aceptó dirigir el Colegio Bautista de Caguas. Por algunos años se hizo cargo de la Farmacia Ideal en Country Club, negocio que aupició él con dos sobrinos. De allí volvió al Colegio Bautista de Caguas nuevamente. Dejó el Colegio para dedicarse a sus propios negocios. Roberto tiene dones especiales en las relaciones humanas. Participa activamente en la vida de la Primera Iglesia Bautista de Caguas.

Nereida es la más rubia de las muchachas. Recibió su Bachillerato en Educación de la Universidad de Puerto Rico y luego trabajó como maestra en el sistema público. Tuvo que retirarse por razones de salud. Se mudó a los Estados Unidos con su familia y reside en Valley Forge, Pennsylvania. Trabaja en Macy's. Le gusta cantar y participar en las actividades de su iglesia. Tiene un gran sentido de humor.

Juanita Milagros es la regalona y la consentida. Al graduarse de Escuela Superior, decidió tomar un curso de belleza. Se casó con un joven de Caguas que era pastor y a donde él iba, ella le seguía y allí montaba su salón de belleza pero siempre era activa en la iglesia. Se mudaron a los Estados Unidos, primero a Camden, New Jersey, y después a Orlando, Florida. En ambos lugares su esposo era pastor hasta su muerte en 1999. Juanita ha trabajado por muchos años en una fábrica en Orlando. Allí vive con sus dos hijas y con el hijo y nietos cercanos. Es una mujer dinámica y de mucho amor por la obra de la iglesia. Nereida y Juanita cuando cantan juntas, forman un duo memorable.

He querido insertar en esta autobiografía reflexiva a los miembros de mi familia inmediata. Crecí con ellos y a través de los años nos hemos mantenido estrechamente vinculados. Sin ellos no sería quién soy. Hasta el día de hoy nos comunicamos con regularidad. Ellos bebieron de la misma fuente cultural que yo. Y cada uno de ellos sigue siendo un jíbaro de La Loma.

VII. REFLEXION INTEGRADORA

Reflexión que me llegó mientras escribía

El sol brillante en esta mañana nos invita a ser sinceros y transparentes. Es como si la luz nos dijera: Hay que vivir en la verdad, pues sólo en ella se encuentra claridad. Por el sureste de la casa desde temprano penetran, a través de los cristales, los rayitos de sol llegando hasta lo más recóndito de la sala, tocando con su calor toda la pieza. Se enciende la sala y desaparecen las tinieblas, y por varias horas que dura la resolana, todo adquiere forma y se distinguen las cosas. Así, al resplandecer Cristo en mi corazón, se ilumina mi ser y puedo verme cual soy. No tengo que esconderme. Su luz ilumina todo mi pasado, lo purifica y lo transforma en oro refinado. Se convierte ese camino del ayer en lugar de aprendizaje. Al volverlo a mirar, descubro que desde siempre me acompañaba como incógnito en el trasfondo de mi ser.

Visión de conjunto: El "collage" cultural

El pasado nos acompaña todo el tiempo que vivimos. Esto es especialmente cierto de los primeros años de vida. Los sicólogos afirman que en la formación de un niño, los primeros seis años son decisivos. Mirando hacia mi infancia, me doy cuenta que los primeros catorce años, y no seis, dejaron en mi ser, huellas tan profundas que sesenta y cuatro años más tarde estoy todavía aprendiendo de mi pasado en las lomas de La Loma de Barranquitas. Vivencias inolvidables, vivencias formativas. Estas siguen moldeando mi espíritu en el presente.

El cuadro que hemos ofrecido no es uno de orden cronológico. Es más bien un especie de "collage" cultural del mundo de mi infancia. Trato de describir la vida tal como se daba en mi barrio en sus aspectos más sobresalientes. Veo esa realidad social, individual y prominentemente telúrica, a través de los ojos de mi memoria. Dejo a la imaginación del lector el descubrir con sus penetrantes ojos las conexiones que dan armonía al "collage" cultural de la montaña.

No escribo por escribir. Escribo más bien para encontrarle sentido a las cosas, a mi pasado, a mi mundo de relaciones, a mi contexto político y social. Al hacer este relatorio sobre mi infancia, volví a pasearme por las lomas que tanto amo. En ese viaje de mi imaginación afloraron en mi mente una serie de estampas sobre mi barrio. Creía que nosotros no teníamos cultura. Así nos habían hecho creer los del pueblo. Los jíbaros del campo éramos como los "don Nadie" de Puerto Rico: pobres, ignorantes, enfermizos, con poca educación y muy rústicos. Pero al mirar con detenimiento mi barrio, nuestras costumbres y nuestra manera de ser, encuentro mucha cultura en ese lugar.

Allí se hablaba español. A lo jíbaro era, pero era español. Y esa lengua la recibimos en el seno del hogar y en el barrio. Eramos católicos prácticos y nuestra vida religiosa giraba en torno al año eclesiástico. Esto nos ponía en contacto con la cultura religiosa de gran parte de Europa. Nuestra agricultura era un tanto rústica, pero sabíamos cultivar la tierra con el pico, la azada, el machete y el arado, y utilizábamos el caballo y los bueyes en múltiples tareas. Ya los carros y los camiones habían llegado a mi barrio, pero estos sólo funcionaban en la carretera.

La estructura de nuestro hogar estaba basada en el respeto a los padres, respeto entre el padre y la madre, el amor a los hijos, la responsabilidad mutua entre hermanos, la dignidad del trabajo, amor a la naturaleza y mucha esperanza en la educación. Lo más cuestionable era la estructura jerárquica que se daba en todas las relaciones entre patrón y arrimado, entre padre e hijos, entre marido y mujer, y también, la marcada distancia entre los pobres y los que tenían más recursos. Amábamos la tierra, pero sabíamos que el futuro nuestro no estaba en la agricultura. No éramos de los más pobres, pero pobres éramos. Esta pobreza no nos hizo creernos indignos ante otros pero sí, intimidados ante los que tenían autoridad sobre nosotros los niños. Nuestro hogar nunca fue uno de violencia pero sí de disciplina con amor. Todo esto se dio en mi barrio. Estos valores hogareños son la base de toda cultura y también mediaron el fundamento de mi ser.

Alguien interesado en la cuestión religiosa como yo, tiene que preguntarse dónde estaba Dios en esos primeros catorce años. Tenemos que decir que la misma cultura católica del barrio hablaba de Dios, de Cristo y del Espíritu Santo; también, de la Virgen María y de los santos. Pero más allá de la tradición religiosa que nos rodeaba, estaban las personas que se comportaban de cierta manera y que con su ejemplo, a veces inconsciente, proyectaban lo que eran sobre nosotros los niños. Hablar de Dios en nuestro hogar era algo sagrado. Sabíamos todos que Dios era real. Pero más allá del ejemplo y la tradición, estaba el mundo que nos rodeaba: las verdes montañas, los manantiales de agua, los riachuelos de corrientes cristalinas, la verde vegetación, la fecundidad de la tierra, el sol, la luna, las estrellas, las auroras y los crepúsculos, la lluvia, todo un mundo de misterio que alude a Dios, el creador.

Desde siempre yo he creído en Dios y hasta el día de hoy no encuentro razón alguna, ni filosófica ni científica, que me mueva en otra dirección. El mundo sin Dios no tiene sentido. Y fue en mi barrio que esa percepción profunda se arraigó en mi ser. El resto de mi vida lo he dedicado a entender mejor lo que quiere decir que Dios es el fundamento del ser, de todo ser. No es que pueda agotar por el conocimiento el misterio del ser de Dios. Por el contrario, entre más entiendo, más sublime, inefable, inescrutable y profundo se hace el Dios en quien yo creo.

Durante este proceso de reflexión, un sentimiento profundo de gratitud ha aflorado en mi corazón como poderosa corriente que entenece y arropa mi ser. Desde mi presente extendiendo mis brazos para arropar con gratitud a aquellos seres humanos que tan profunda y positivamente afectaron mi espíritu.

Invitación al lector

Hago una invitación a mis lectores a hacer algo parecido con sus vidas. A verlas como un peregrinaje que empieza con el nacimiento y termina con la vida eterna con Dios en el misterio del espacio divino. Monten la historia de su infancia, observando los distintos factores y personas que la configuraron y en gran medida han formado el ser que ustedes son hoy. Hagan su propio "collage" y aprenderán mucho de ese pasado que siempre está ahí esperando el toque imaginativo que lo despierte. El resultante montaje les sorprenderá y les hará más sabios. Manos a la obra, pues.

Luis Fidel Mercado
Burke, Virginia
Abril de 2003